ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

CRECED Y MULTIPLICAOS

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA ITALIANA

POR

DON MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Y

DON EMILIO MARIO (HIJO)

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1890



CRECED Y MULTIPLICÁOS



CRECED Y MULTIPLICAOS

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA ITALIANA

POR

DON MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Y

DON EMILIO MARIO (HIJO)

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO DE LA COMEDIA
la tarde del 28 de Diciembre de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
EULALIA................	DOÑA	JOSEFA GUERRA.
GABRIELA...............	»	REMEDIOS LÓPEZ EGEA.
CARMENCITA............	»	JULIA MARTÍNEZ.
ENRIQUETA.............	»	MARÍA CANCIO.
JULIA..................	»	VICTORIA MORALES.
ISIDORO................	DON	RAMÓN ROSELL.
JORGE..................	»	JUAN BALAGUER.
CAMILO.................	»	JAVIER MENDIGUCHÍA.
SATURNINO.............	»	JOSÉ LACALLE.
TIMOTEO...............	»	ENRIQUE MARTÍNEZ.
UN CAMARERO..........	»	ANTONIO PIRIZ.

La acción se desarrolla durante el primer acto, en un pueblo de la provincia de *; en el segundo y tercero, en Madrid.

ACTO PRIMERO

Despacho modestamente amueblado en casa de don Isidoro. Puerta al foro y laterales. Á la izquierda de la puerta del foro, sofá; á la derecha, consola con espejo. En primer término, izquierda, mesa ministro con libros de comercio, papeles, etc.

ESCENA PRIMERA

JORGE, luégo GABRIELA

JORGE. (Escribe.) «Muy señor mío y de mi mayor aprecio: Dos meses hace que recibió usted la última partida de vinos de primera marca, que remití á usted en gran velocidad, como me indicaba, y hasta la fecha no se ha servido usted satisfacer su importe. Suplico á usted que en cuanto reciba la presente, se apresure á saldar la cuentecita, ó de lo contrario, giraré contra usted sin consideración alguna.» ¡Uf! ¡Gracias á Dios! Con esta son seis las cartas que por orden de mi señor suegro acabo de escribir. ¡Valiente vidita estoy pasando! ¿Por qué me casaría yo, Dios mío? Es decir, yo sé por qué. Porque mi mujer me gustaba mucho, y porque su padre la dotó espléndidamente,

y porque yo no tenía un cuarto, y me parece que son razones todas estas muy convincentes. Más me hubiera, sin embargo, valido permanecer soltero y seguir viviendo en Madrid. Allí andaba casi siempre á salto de mata, es verdad; ¡pero en cambio, cuánto me divertía! ¡Qué mundo aquél tan alegre y tan encantador! ¡Qué cenas en el Inglés cuando cenaba, y qué comidas en Fornos cuando comía!... ¿Pues y los teatros? ¿Y los bailes? ¿Y las mujeres? ¡Oh! La última que conocí. ¡Carmencita! ¡De la alta escuela! ¡Buena chica! ¡Qué elegante! ¡Qué distinguida! ¡Y me amaba! ¡Ya lo creo! Como que dejó por mí á tres ingleses, y yo adquirí por ella otros cuantos. ¡Ah tiempos dichosos! Ya no volveréis más. El Jorge decidor y tronera de Madrid se ha cambiado en el Jorge provinciano, triste y taciturno que ven ustedes. Estoy harto de pueblo, y mucho más harto de mis suegros, y creo que de continuar esta monótona existencia, voy á concluir por el suicidio. (Da un puñetazo con fuerza en la mesa, y sale al mismo tiempo Gabriela por la segunda de la derecha con unos papeles en la mano.)

ESCENA II

DICHO y GABRIELA

GAB. (Dando un grito.) ¡Ay!

JORGE. ¿Eh?

GAB. ¡Me has asustado! ¿Qué tienes? ¿Por qué pegas puñetazos en la mesa?

JORGE. Por nada. Estaba terminando una carta, y satisfecho de su contenido, exclamé: ¡magnífico! (Vuelve á dar.)

GAB. ¡Ya! ¡Eso es otra cosa! Aquí tienes estas facturas y estas cuentas para que las repases y las anotes en el libro.

JORGE. ¿Quién te ha dado esto?

GAB. Papá.

JORGE. Pero señor, ¡tu padre ha creído que yo soy un empleado de la casa!

GAB. ¿Eh?

JORGE. ¡Naturalmente! Todo el día me está fastidiando para que conteste su correspondencia, y apunte en sus libros y reclame á sus corresponsales. Yo soy su yerno; pero no su oficial mayor.

GAB. Eso significa que tiene en tí gran confianza.

JORGE. No. Lo que significa es que no quiere trabajar, y me cuelga á mí el mochuelo.

GAB. ¡Qué locura!

JORGE. Yo no entiendo estos asuntos, y me hastío con ellos horriblemente. Si tu padre comercia con sus vinos, sin necesidad por supuesto gracias á Dios, allá él se las arregle. Que escriba, y conteste y se ocupe solito.

GAB. Pero hombre, si en medio de todo, debía eso servirte de distracción.

JORGE. ¡Bonita distracción!

GAB. No tienes nada en qué pasar el rato.

JORGE. Es verdad. Los encantos de este bendito pueblo son bien escasos. ¡Qué vida, santo Cristo! ¡Qué vida!

GAB. ¿Te aburres?

JORGE. Mucho, hija mía, mucho. Desde hace año y medio que nos casamos, ¡no he salido de aquí, y francamente...

GAB. Yo creí que á mi lado serías dichoso.

JORGE. ¿A tu lado?

GAB. Que no te fastidiarías nunca.

JORGE. Nada tiene que ver eso con...

GAB. ¿Me fastidio yo acaso?

JORGE. Pero tú estás acostumbrada. Aquí vives desde que naciste, y nó has visto otro mundo.

GAB. ¿Para qué quiero yo ver más mundo que mi marido? Tú eres el mundo para mí.

JORGE. Algo pequeño me parece.

GAB. ¿No sales? ¿No entras? ¿No vas donde quieres?

JORGE. Sí. Al campo á cazar alondras; en casa del boticario á

hablar mal del médico, y en casa del médico á despellejar al boticario. Los domingos á misa, y por la noche mi partida de tute con tu padre y tu madre. Luégo á la cama. ¡Qué diversión, hombre, qué diversión!

GAB. Yo sé lo que te pasa. Echas de menos Madrid. Tu vida de soltero.

JORGE. ¡Ay, qué vida aquella! (Con alegría.)

GAB. ¡Jorge!

JORGE. ¡No! No creas que estoy arrepentido de ser tu esposo. Yo te quiero mucho, Gabriela, y tú constituyes mi mayor felicidad. ¡Mi única dicha; pero... el hombre necesita más luz, más horizonte!...

GAB. ¿Más horizonte que aquí? ¡Pero si es inmenso en este pueblo!

JORGE. No, mujer. Más horizonte, significa otra clase de vida. Animación, alegría, movimiento. ¡Mucho movimiento!

GAB. ¡Cuánto deploro no poder complacerte! Si dependiese de mí, nos iríamos á la corte; porque lo que yo deseo es darte gusto. Pero papá se ha empeñado en que no salgamos del pueblo. Dice que los aires de Madrid son muy peligrosos.

JORGE. ¿Peligrosos? ¡Cuando no hay aire más sano!

GAB. ¡Qué quieres! Hay que dar gusto á papá.

JORGE. ¡Tengamos paciencia!

ESCENA III

DICHOS y EULALIA por la primera de la derecha.

EUL. ¿Qué hacéis por aquí?

GAB. ¡Hola, mamá! (Con tristeza.)

EUL. ¿Qué tienes?... ¡Pareces nerviosa, agitada!

GAB. ¿Yo?

EUL. ¿Acaso te reñía Jorge?

JORGE. ¿Reñirla? ¡Qué tontería!

EUL. Valiera más que en vez de moverte una cuestión por

lo más sencillo, procurase captarse tu cariño y el de tus padres.

JORGE. Pero, señora, si no había cuestión.

EUL. ¡Silencio! ¡Si sabré yo lo que pasa! ¡Si conoceré tu despego, tu desvío para este ángel inocente!

JORGE. Pero...

EUL. ¡Sí señor, muy inocente! La criamos sin malicia, y creció á nuestro lado siendo modelo de candor. Aquí donde la ves, no tiene la menor idea de las maldades del mundo. Es una flor que no ha roto su cáliz. Una cándida azucena.

JORGE. Todo eso es verdad; pero...

EUL. ¡Silencio! No sabes apreciar lo que tienes. Otro en tu lugar estaría loco de júbilo y dando contínuas pruebas de agradecimiento.

JORGE. Pero...

EUL. ¡Silencio he dicho! ¿Qué ha ocurrido? Cuéntamelo todo. (Á Gabriela.)

GAB. ¡Nada, mamá! Jorge me aseguraba que se aburría en el pueblo.

EUL. ¿Que se aburría? Naturalmente. Está hecho un vago. No hace nada.

JORGE. ¿Pero qué voy á hacer, señora?

EUL. Trabajar para la casa: ir á la bodega, probar los vinos, asistir á todas las operaciones químicas que hacemos con ellos, inventar algo contra el oidium y la filoxera. ¡Pues apenas si puedes hacer cosas!

JORGE. ¡Muy bonito! ¡Muy bonito!

EUL. Y, sobre todo, adorar á tu mujer. Con esa ocupación debía bastarte.

JORGE. Vale más tomarlo á risa.

EUL. Sí. Tómalo á risa. Eso haces con todo, tomarlo á risa.

JORGE. ¿Pero se figura usted que tomándolo en serio iba á sufrir con calma sus impertinencias? (Levantando la voz.)

EUL. (Id.) ¿Eso llamas á las verdades?

GAB. ¡Por Dios, mamá!

JORGE. Bueno, corriente. Hemos concluído.

ESCENA IV

DICHOS é ISIDORO por el foro.

ISIDORO. ¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis así?
GAB. No gritamos, papá.
ISIDORO. ¿Cómo que no? Éste tendrá la culpa, como si lo viera. (Mirando á Jorge.)
JORGE. (Capítulo segundo.)
ISIDORO. Déjanos, Gabriela.
GAB. ¿Eh?
ISIDORO. Ve al jardín. Ahora volverás.
GAB. Como gustes. (Vase por el foro.)
ISIDORO. Valía más, que en vez de promover disgustos en la familia, te concretases á cumplir con tu obligación.
JORGE. Pues todos los días sucede esto. (Al público.)
ISIDORO. ¿El qué?
JORGE. Díganme ustedes si es posible tolerarlo. (Id.)
ISIDORO. ¿Pero con quién hablas?
JORGE. Con nadie. Siga usted.
ISIDORO. ¿Á que no has escrito la carta á Martínez?
JORGE. ¿Á que sí?
ISIDORO. ¿De veras?
JORGE. Aquí la tiene usted.
ISIDORO. ¿Á ver, á ver? (Leyendo.) «Señor don Timoteo Martínez.» ¡Martínez con eme, hombre! «Muy señor mío...» (Á Eulalia.) Éste es el de Madrid. El dueño del restaurant.
EUL. ¿Qué? ¿No ha pagado todavía?
ISIDORO. ¡Quiá! Le mandé hace dos meses tres pipas de vino, y ni agua. «Muy señor mío...» Se conoce que es un pillastre gordo. «Muy señor mío.» Es un restaurant nuevo, según me indicó, titulado *La anguila*. Así se escurre el muy tunante. «Muy señor mío.» (Lee entre dientes.) No acaba de satisfacerme. Más energía, sin excluir la finura. «Ó paga usted en seguida, ó voy y le rompo un hueso.» Esto es lacónico y delicado al mismo tiempo. Te falta la práctica comercial.

JORGE. Por eso debía usted escribir siempre y dejarme á mí en paz.

ISIDORO. Entonces no servirías para nada.

JORGE. Muchas gracias.

ISIDORO. No trato de ofenderte, pero hablando con franqueza... Diez y ocho meses hace que te has casado con Gabriela, y todavía... nada. Dí que sirves, anda.

JORGE. ¡Qué paciencia se necesita!

ISIDORO. Cuando precisamente nuestra ilusión, nuestro encanto, nuestro sueño se cifra en perpetuar la familia. *Crescite et multiplicamini*, como dice la Biblia. ¿Verdad, Eulalia?

EUL. Mucha verdad.

ISIDORO. Por un nieto daríamos cuanto poseemos.

EUL. Un querubín de color de rosa.

ISIDORO. Ó querubina. Es igual.

EUL. Que nos sonriera, y anduviese sobre nuestras rodillas.

ISIDORO. Haciendo en ellas lo que le diera la gana.

EUL. Y que me llamase abuelita.

ISIDORO. ¡Y abuelito!

EUL. ¡Qué felicidad!

ISIDORO. ¡Qué dicha! ¡Hombre, quítate de mi vista! (**Dándole un empujón.**)

JORGE. (¡Están locos!)

ISIDORO. Todavía recuerdo con placer la escena que ocurrió entre nosotros á los tres meses de casados. También la recordarás tú, Eulalia. Entonces eras lo que no eres hoy. ¡Un clavel!

EUL. ¡Isidoro!

ISIDORO. Ahora también lo eres, pero reventón. Los tiempos cambian y las flores se marchitan. Pues bien: recuerdo, repito, que á los tres meses de casado, me dijiste un día: ¡pichón!... Entonces me llamaba pichón.

EUL. Pero los tiempos cambian y los pichones se vuelven pavos. (Chúpate esa.)

ISIDORO. ¡Pichón! Tengo un antojo. ¿Comprendes? Un antojo. Quiero ir á la revista. Yo era en aquella época capitán

de milicianos. Me puse el uniforme, me calé el morrión, y desfilé orgulloso delante de mi esposa. (Da una vuelta por la escena, cantando el himno de Riego.) Seis meses después, nació Gabriela.

EUL. ¡Hija de mi alma!

JORGE. Corriente. ¿Y qué? Vamos á ver. (Incomodado.)

ISIDORO. Su cinismo me espanta. Por supuesto, la culpa es nuestra.

EUL. Sí señor.

ISIDORO. Por haber entregado ese ángel del cielo á un hombre que había disipado entre los placeres de Madrid los más hermosos años de su juventud.

JORGE. ¡El trueno gordo! Avisen ustedes cuando pase la nube. (Se sienta en el sofá y queda dormido.)

ISIDORO. No eras tú digno de semejante tesoro.

EUL. Eso le decía yo hace poco.

ISIDORO. Pero la casualidad te trajo á este pueblo, y nuestro amigo Álvarez te presentó aquí.

EUL. ¡Desgraciadamente!

ISIDORO. En seguida flechaste á nuestra hija. Siempre tuvo mal gusto la pobrecita. Yo adquirí informes, y supe que no tenías un cuarto. Esto no me importaba. Me dijeron que en cambio eras honrado y leal. Tú suplicaste; Gabriela lloró; mi mujer intercedió, yo cedí, ¡y nos lucimos!... ¿Qué dices á esto? (Se acerca á Jorge que da un ronquido.)

EUL. No dice nada.

ISIDORO. ¡Como que se ha dormido!

EUL. Valiente caso hace de tus discursos.

ISIDORO. ¡Ya lo veo, ya!

EUL. (Algo le pasa á este hombre.)

ISIDORO. (A este hombre le pasa algo.)

EUL. (¿Cómo averiguaría yo la verdad?)

ISIDORO. (¿De qué manera lo averiguaría?)

EUL. (¡Si hubiera una persona que le hablase, que le interrogase!...)

ISIDORO. (¡Si hubiera alguien capáz de escudriñar su corazón!)

ESCENA V

DICHOS y CAMILO por la primera de la izquierda.

CAMILO. Buenos días. (Muy triste.)
EUL. (¡Mi sobrino! Sí, sí, excelente idea.)
ISIDORO. (¡Camilo! Me viene de molde.)
EUL. (Luégo le hablaré.)
ISIDORO. (Luégo hablaré con él.)
EUL. ¿Has terminado de hacer el baúl?
CAMILO. No, tía. Me falta colocar las camisas. Eso da mucho trabajo.
ISIDORO. ¡Qué aire tan fúnebre!
EUL. En efecto.
ISIDORO. ¿No te agrada marcharte?
EUL. Otros años estabas deseando volver á Madrid.
CAMILO. Sí señora. Otros años, eran otros años, y este año... no es como los otros años.
ISIDORO. ¿Temes acaso que te den calabazas?
EUL. ¿Temes salir mal de tus exámenes?
CAMILO. ¡Quiá! No señora. Es decir, salir mal, de fijo saldré mal.
EUL. ¿Eh?
ISIDORO. ¿Qué dices? ¿No has estudiado?
CAMILO. Mucho. ¡Ya lo han visto ustedes!
ISIDORO. No, lo que es verlo, yo no lo he visto.
CAMILO. ¡Pues si no he soltado los libros en todo el verano!
EUL. ¿Entonces, por qué dices que saldrás mal?
CAMILO. Son presentimientos que uno tiene. Casi valdría más dejarlo para el año próximo.
EUL. ¿Cómo? ¿Perder un curso? ¿Estás loco?
ISIDORO. ¡Imposible! Eso sería abandonar la carrera.
CAMILO. No señor. Dejarla pendiente nada más.
ISIDORO. ¿Pero qué te pasa?
CAMILO. ¡Qué ha de pasarme, tío!

EUL. ¡Vaya, vaya! No se hable más de ello. Voy á empaquetar tus camisas y esta tarde tomas el tren.

CAMILO. (¡Adiós esperanza!)

ISIDORO. Y yo mientras, voy al laboratorio. Estoy terminando un vino de Jeréz riquísimo.

EUL. ¿Mandaste el de Burdeos á don Torcuato?

ISIDORO. Sí. Y me ha dicho que esta partida tiene un gusto á campeche algo pronunciado.

EUL. El mejor día envenenas á alguien.

ISIDORO. No tendría nada de particular.

EUL. (Á Camilo.) (Tengo que hablarte, no te vayas.) (Mutis por la primera de la izquierda.)

ISIDORO. (Á Camilo.) (No te vayas. Tengo que hablarte.) (Mutis por el foro.)

ESCENA VI

CAMILO y JORGE

CAMILO. ¿Eh? ¿Los dos tienen que hablarme? ¿Qué diablo será? ¡Suerte maldita! ¡Verme obligado á abandonar estas paredes dejando encerrado en ellas al sér que idolatro! ¡Cosa más rara! Cuando mi prima estaba soltera, nunca me hizo sentir la menor impresión, y desde que se casó empezó á gustarme. Yo soy muy tímido, tengo esa desgracia, y todavía no la he dicho nada. Mis ojos hablan nada más. Los bajo y los subo, y los subo y los bajo; pero me parece que mi conversación no interesa á mi prima. ¡Prima adorada! (Jorge ronca.) ¿Eh? (Viéndole.) ¡San Francisco! ¡Jorge! Pues si me oyó va á romperme la crisma. (Ronca.) No... Duerme profundamente ¡Y pensar que este animal es el marido de Gabriela!

ESCENA VII

DICHOS y GABRIELA

GAB. ¡Papá, papá! (Entra corriendo por el foro.)
CAMILO. ¡Chist!
GAB. ¡Ah! ¿Eres tú, Camilo?
CAMILO. ¡No alces mucho la voz!
GAB. ¿Qué pasa?
CAMILO. Que está durmiendo. (Señalándo á Jorge.)
GAB. Y ¿por qué hace eso?
CAMILO. Porque tendrá sueño.
GAB. Así distrae siempre su horrible fastidio.
CAMILO. (Creo que esta es la ocasión.) ¿Su fastidio? ¿Pero Jorge se fastidia?
GAB. Mucho.
CAMILO. ¿Á tu lado?
GAB. Eso dice, y lo creo.
CAMILO. ¿Fastidiarse á tu lado? ¡Á tu lado, Gabriela! ¡Ay, Gabriela!
GAB ¿Qué tienes?
CAMILO. (Me voy á lanzar.) Oye, Gabriela.
GAB. ¿Qué?
CAMILO. Tengo que decirte una cosa.
GAB. Sigue. Yo también deseo decirte otra.
CAMILO. ¿Tú también?
GAB. Algo que me tiene muy inquieta. Tú eres bueno, Camilo, y me quieres mucho, ¿verdad?
CAMILO. ¿Que si te quiero? (Ahora es la ocasión.) Hace mucho tiempo que la...
GAB. Bueno. Ya lo sé. No me interrumpas.
CAMILO. (Pues no era la ocasión.)
GAB. Lo que queria decirte, se refiere...
CAMILO. ¡Lo sé! A mí.
GAB. No. Á mi marido.
CAMILO. (¡Valiente penetración me ha dado Dios!) ¿Á tu marido?

GAB. ¿No encuentras en él nada de extraordinario?

CAMILO. Que es muy feo.

GAB. No, hombre. No me refiero á...

CAMILO. Entonces...

GAB. Mi marido debe hallarse enfermo.

CAMILO. ¿Enfermo? Por las señas, está bien sano.

GAB. Enfermo del alma.

CAMILO. ¡Ya!

GAB. Desde hace algún tiempo vive triste, preocupado, inquieto... y aun cuando me dice que aquí se fastidia y que echa de menos la vida de Madrid, yo creo que no es verdad. Que existe algo más grave.

CAMILO. ¡Quién sabe!

GAB. Anda, primo mío, háblale. Procura enterarte de todo y díme cuanto averigües.

CAMILO. ¡Ah! ¿Tú deseas?...

GAB. Que le sonsaques con maña. Tú eres muy listo y tienes una fisonomía despejada... estoy segura que has de conseguir lo que ambiciono.

CAMILO. Corriente. Le sonsacaré. ¿Qué no haría yo por complacerte?

GAB. ¿De veras?

CAMILO. ¡Ay Gabriela! (Llegó el momento.) Hace mucho tiempo que... la...

GAB. Bueno. Pues te dejo solo.

CAMILO. (No ha llegado todavía.)

GAB. Al salir voy á despertarle. Aprovecha la ocasión, y yo volveré luégo para saber el resultado.

CAMILO. ¿Volverás luégo? (Lo dejaré para luégo.)

GAB. Verás... (Se acerca á Jorge, le coge por un brazo, le zarandea y sale corriendo por el foro.)

ESCENA VIII

JORGE y CAMILO; luégo ISIDORO

JORGE. (Despertando.) ¿Quién me llama? ¿Qué es esto? ¡Ah! (Viendo á Camilo.) ¿Eras tú?

CAMILO. Efectivamente.

JORGE. ¿Por qué me has despertado? Estaba soñando con los ángeles.

CAMILO. ¡Qué sueño tan bonito!

ISIDORO. (Dentro.) ¡Jorge! ¡Jorge!

JORGE. ¡Mi suegro! ¡Horrible despertar!

ISIDORO. (Saliendo por el foro.) ¿Dónde te metes?

CAMILO. (¡Maldita interrupción!)

JORGE. No me he movido de aquí.

ISIDORO. Baja en seguida, que una comisión del pueblo quiere hablar contigo.

JORGE. ¿Una comisión del pueblo? ¿Para qué?

ISIDORO. Para... ya te enterarán, anda.

JORGE. No adivino...

ISIDORO. Ni hace falta. Ya te enterarán...

JORGE. Bueno, bueno. (Vase por el foro.)

CAMILO. Yo voy también á...

ISIDORO. No. Quédate... (Esta es la ocasión.)

ESCENA IX

ISIDORO y CAMILO

CAMILO. ¿Desea usted algo, tío?

ISIDORO. ¡Chist! Se trata de una conferencia delicada.

CAMILO. ¿Una conferencia?

ISIDORO. Nunca te he hablado de esto, porque, francamente, no se me ocurrió que pudieras servir para ello.

CAMILO. ¿Para qué?

ISIDORO. Ahora lo sabrás. Lo que tengo que decirte se refiere á Gabriela.

CAMILO. ¿Á Gabriela? (¡María Santísima! ¿Si habrá adivinado mi pasión?)

ISIDORO. ¿Qué tienes?

CAMILO. Nada.

ISIDORO. Te has puesto como una guinda.

CAMILO. Nada, tío, nada.

ISIDORO. ¿Qué opinas de Gabriela?

CAMILO. ¿Que qué opino?...
ISIDORO. Yo la hallo triste y meditabunda, ¿y tú?
CAMILO. Yo, encantadora.
ISIDORO. Salió á su padre. Pues bien. Estoy seguro que el causante de su tristeza es Jorge.
CAMILO. También lo creo.
ISIDORO. ¿Tú también? Entonces lo creemos los dos.
CAMILO. ¡Naturalmente!
ISIDORO. Bueno. Pues yo... en fin... soy padre.
CAMILO. No tengo duda.
ISIDORO. Ni yo tampocco. Y un padre no puede recibir ciertas confidencias. Tú no eres padre.
CAMILO. Todavía, no.
ISIDORO. Lo serás más adelante. Y además, inspiras por tu edad confianza ilimitada.
CAMILO. (¿Dónde irá á parar?)
ISIDORO. Responde con franqueza. ¿No encuentras en Jorge nada de extraordinario?
CAMILO. (¡Calla! La pregunta de la otra.)
ISIDORO. ¿No te parece que le preocupa algo? ¿Que le molesta algo? ¿Que le entristece algo? ¿Que le ocurre algo?
CAMILO. ¡Algo!
ISIDORO. ¿También tú lo notaste?
CAMILO. ¡Vaya! (Ni por pienso siquiera.)
ISIDORO. Si con la autoridad de suegro me decido á interrogarle, no adelantaré nada. ¿Qué ha de confiarme á mí? me teme, y me respeta mucho para atreverse á ello. Pero contigo es diferente. Tu edad, tu carácter, tu inocencia... esa plácida candidéz que se extiende por tu fisonomía, inspiran confianza ilimitada.
CAMILO ¡Ah! ¿De modo que usted quiere?...
ISIDORO. Que le hables, que le interrogues, que le sonsaques. (Haciendo ademán de destaponar una botella.)
CAMILO. ¡Como la otra!
ISIDORO, ¿Qué otra?
CAMILO. No... Nada... Siga usted.

ISIDORO. Á nadie confié mi pensamiento. Te lo juro. Mi amor por Gabriela me lo inspiró.

CAMILO. Es natural.

ISIDORO. ¡Cuando tengas una hija, comprenderás el afán que ahora no comprendes!

CAMILO. Ó un hijo.

ISIDORO. Ó varios, es igual. Conque voy á mandarte con maña á mi yerno. Háblale al alma, y luégo me lo cuentas todo.

CAMILO. Descuíde usted.

ISIDORO. Hasta luégo. (Da un beso á Camilo y vase por el foro.)

ESCENA X

CAMILO y después EULALIA

CAMILO. ¡He pasado un susto! Creí, cuando empezó la conversación, que estaba enterado de todo. Por fortuna sólo se trataba de Jorge.

EUL. ¿Estás sólo? (Por la primera izquierda.)

CAMILO. (¡Mi tía!) Sí señora.

EUL. Me alegro. (Aprovechemos la ocasión).

CAMILO. ¿Qué deseaba usted?

EUL. ¡Chist! Lo que voy á decirte es muy delicado, y exige de tu parte la mayor discreción.

CAMILO. (¿Qué será?)

EUL. Te aseguro que la idea acaba de ocurrírseme, y que nadie sabe una palabra de esto.

CAMILO. Mejor, mucho mejor.

EUL. Responde con entera franqueza. ¿No encuentras en Jorge nada de extraordinario?

CAMILO. ¿Usted también?

EUL. ¿Cómo yo también? ¿Qué encuentras en mí que te choque?

CAMILO. ¡No! No, señora... Digo, que usted encuentra algo también.

EUL. Hace mucho tiempo. Se halla preocupado...

CAMILO. ¡Mucho!

EUL. ¡Inquieto!

CAMILO. ¡Muchísimo!

EUL. ¿Te habías fijado en ello?

CAMILO. ¡Uf! (Todos se habían fijado en ello menos yo.)

EUL. Ya veo que eres listo.

CAMILO. (Pues yo no lo veo.)

EUL. Comprenderás que una madre no puede averiguar ciertas cosas. Yo soy madre.

CAMILO. Y yo también... Digo; no señora... padre.

EUL. ¿Cómo padre?

CAMILO. Con el tiempo. Es un decir.

EUL. Habla detenidamente á Jorge.

CAMILO. Sí, sí... Ya sé... Le hablo con maña, le sonsaco, y... (Repitiendo el ademán de Isidoro.)

EUL. Eso es. Lo comprendiste al vuelo.

CAMILO. (Sí. De una mosca.)

EUL. La situación de mi hija me inspira vivo interés.

CAMILO. Naturalmente.

EUL. Jorge te hablará claro. Eres un chico, y, además, tu fisonomía es apropósito.

CAMILO. (Pero, señor, ¿cómo tendré yo la fisonomía?)

EUL. Por supuesto, no digas nada á nadie de lo que averigües.

CAMILO. ¿Qué he de decir? (Á toda la familia.)

EUL. Mucho disimulo. ¡Calla! Me parece que viene Jorge. La casualidad nos lo envía.

CAMILO. (¡Quiá! Quien lo envía es el otro.)

EUL. Te dejo con él. Aprovecha la ocasión. (Vase por el foro.)

ESCENA XI

CAMILO; luégo JORGE

CAMILO. ¡Já, já, já! ¡Qué gracia! Todo el mundo me encarga la... ¿Pero qué tendré yo en la fisonomía? (Se dirige al espejo para mirarse.)

JORGE. ¡Esto ya es demasiado! (Muy incomodado.)

CAMILO. ¿Qué te sucede?

JORGE. ¿Pues no han venido á proponerme si qúiero ser alcalde? Esa comisión la formó mi suegro á la chita callando, y... en fin, por poco los echo á todos con un palo. ¡Pues hombre, no faltaba más!

CAMILO. (A ver cómo me las arreglo para averiguar...) ¿Y eso te ha molestado?

JORGE. ¿Te parece poco? ¡Alcalde! ¡En seguida soy yo alcalde!

CAMILO. ¿Sabes, Jorge, una cosa? (Empezaré con maña.)

JORGE. ¿Qué?

CAMILO. Que desde hace tiempo voy encontrando en tí algo de extraordinario.

JORGE. ¿De extraordinario?

CAMILO. Pero muy extraordinario. Te hallo inquieto, preocupado, entristecido.

JORGE. ¡Ay, Camilo! ¡A tí puedo decírtelo francamente!

CAMILO. ¿Vas á decírmelo? (¡Cuánto me alegro!)

JORGE. ¿Y por qué no? Tú eres joven, alegre, sencillo...

CAMILO. Y tengo apropósito la fisonomía.

JORGE. Yo me casé enamorado de mi esposa, es verdad; pero principalmente porque estaba á la cuarta pregunta, y con su mano me ofrecía la riqueza y el bienestar.

CAMILO. ¡Hombre, hombre!

JORGE. Su padre me la entregó bajo promesa de no volver á poner los piés en Madrid. Lo juré, y lo he cumplido. De ahí procede todo.

CAMILO. Pero... (vamos sonsacándole.) ¿Qué puedes desear? Mi prima es bella, graciosa...

JORGE. Mucho, muy bella; pero muy *cursi.*

CAMILO. ¿Cursi? ¿Qué ha de ser cursi?

JORGE. ¿Eh?

CAMILO. ¡Cursilona! (Por poco me vendo.) Continúa.

JORGE. No puedo acostumbrarme á su aire de provincia. No niego que es bonita; pero le falta la distinción, la elegancia, en una palabra, el *chic* de otras mujeres.

CAMILO. ¡Y á mí que me gusta tanto de ese modo!

JORGE. ¿Qué dices?
CAMILO. Que á mi que me gus... ¡Nada! Que continúes.
JORGE. Si mi mujer se pareciese á las infinitas que como sabes abundan en Madrid; si poseyese sus atractivos, sus encantos, es claro, no se aburriría uno; pero criada en este pueblo, sin mundo, sin sociedad... En fin... que me fastidio, que me canso, y que echo de menos á esas otras mujeres.
CAMILO. (Diablo, diablo.) ¡Ah! Tú echas de menos...
JORGE. ¡Si hubieras conocido á Carmencita!
CAMILO. ¿Carmencita?
JORGE. ¡Celestial! ¡Qué elegancia, qué distinción, qué manera de volverle á uno loco!
CAMILO. ¿Oye, dónde vive?
JORGE. ¡Tunante!...
CAMILO. (Pues señor, todo está averiguado. ¡Pobre Gabriela!)
JORGE. ¡Calla! Creo que viene mi mujer. Adiós.
CAMILO. ¿Te marchas?
JORGE. Somos polos opuestos. (Vase por el foro.)

ESCENA XII

CAMILO; luégo GABRIELA

CAMILO. No hay duda... ¡Ese hombre es un pillo! Y yo otro. Tampoco hay duda.
GAB. (Por la segunda de la derecha.) ¿Qué hay? ¿Hablaste con Jorge? ¿Averiguaste algo?
CAMILO. Ahora termino mi conferencia.
GAB. Cuéntame, cuéntame. ¿Qué te ha dicho?
CAMILO. Pues verás. Tu marido se fastidia en el pueblo.
GAB. Eso ya lo sabía. Pero hablemos de mí. ¿Qué te ha dicho de mí?
CAMILO. Pues me ha dicho que... te falta una cosa.
GAB. ¿Qué me falta una cosa? ¡Dios mío! Yo creo que no me falta nada.
CAMILO. También lo creo yo.
GAB. Pero en fin, ¿qué cosa es esa? Hablar claro.

CAMILO. Dice que te falta el *chic*.
GAB. ¿El *chic*?
CAMILO. Justo.
GAB. Pues yo lo buscaré. ¿Dónde lo venden?
CAMILO. No, mujer. ¿Acaso ignoras lo que eso significa?
GAB. Lo ignoro.
CAMILO. No es fácil explicártelo. Te pondré un ejemplo. ¿Te acuerdas de la mujer del notario?
GAB. ¿La que se escapó con un capitán de húsares?
CAMILO. La misma.
GAB. ¿Y esa tenía *chic*?
CAMILO. Muchísimo.
GAB. Entonces será preciso que me escape yo también.
CAMILO. ¡No! ¡Qué atrocidad!
GAB. No entiendo...
CAMILO. Hay que cambiar de traje, de maneras, seguir la moda... en una palabra. Esa fruta es una especialidad de Madrid. En los pueblos no se conoce.
GAB. Por manera, que si yo tuviera *chic*, Jorge no se fastidiaría.
CAMILO. Seguramente.
GAB. ¡Bueno! Pues me voy á Madrid.
CAMILO. ¿Á Madrid?
GAB. Yo no sé cómo, ni de qué manera; pero estoy decidida. Me voy con mi esposo.
CAMILO. ¿A Madrid? (¡Gran idea! El otro encontrará á su Carmencita, y yo mientras...)
GAB. ¿De qué medio me valdría para convencer á papá?
CAMILO. Difícil me parece.
GAB. No hay más remedio. Asistiré á los paseos, á los teatros, á las reuniones, y adquiriré eso que me falta. Es un capricho. *Un antojo.*
CAMILO. ¿Un antojo? (¡Gran idea!) Ya dí con el medio.
GAB. ¿De veras?
CAMILO. Sí. Apuesto cualquier cosa á que tu padre te deja ir á Madrid.
GAB. Habla. ¿Qué medio es ese?

CAMILO. Muy sencillo. No tienes más que repetir á tu padre lo que yo te apunte por lo bajo.
GAB. ¿Eh?
CAMILO. No tengas cuidado.
GAB. Pero...
CAMILO. Aquí vienen. (Se oyen voces dentro.) Repítelo sin miedo.
GAB. ¿Qué será?

ESCENA XIII

DICHOS, JORGE, ISIDORO, EULALIA por el foro.

ISIDORO. Es una grosería.
EUL. Una falta de educación.
GAB. ¿Qué sucede?
ISIDORO. Que tu esposo no quiere ir á comer con el recaudador de contribuciones, un amigo de casa hace treinta años.
JORGE. Amigo de ustedes, pero no mío.
EUL. (Aparte á Camilo.) ¿Averiguaste algo?
CAMILO. ¡Sí señora! Ya hablaremos.
ISIDORO. (Á Camilo.) ¿Sabes algo?
CAMILO. Ya hablaremos, ya hablaremos.
JORGE. Vaya un personaje. ¡El recaudador!
ISIDORO. Una persona honrada y decente.
EUL. Le gustaría más ir de francachela con sus amigos. Y gastarse un capital pidiendo platos raros. Como la cuenta aquella de las fresas que te comiste en el mes de Enero.
GAB. Pero mamá, el comer fresas no es ningún delito.
CAMILO. (Á Gabriela.) Dí que tú las comerías ahora de buena gana.
GAB. Yo las comería ahora de buena gana.
ISIDORO. ¿Eh?
EUL. ¿Qué dices?
CAMILO. Á Gabriela.) Aunque costasen caras.
GAB. Aunque costasen caras.
EUL. ¡Cielos!

ISIDORO. ¡Gran Dios!
CAMILO. (Á Gabriela.) (Es un antojo.)
GAB. Es un antojo.
ISIDORO. ¿Un antojo?
EUL. ¿Un antojo?
ISIDORO. ¡Eulalia!
EUL. ¡Isidoro! (Se abrazan.)
JORGE. (¿Será posible?) ¡Esposa mía! (La abraza.)
GAB. (¿Qué significa esto?)
EUL. (Á Camilo.) ¿Era por eso su preocupación? (Señalando á Jorge.)
CAMILO. Efectivamente.
ISIDORO. (Á Camilo.) Sin duda le preocupaba esa idea.
CAMILO. (Á Isidoro.) Cabal. Esa era la cosa.
ISIDORO. ¡Eulalia!
EUL. ¡Isidoro! (Se abrazan.)
ISIDORO. Bueno. Aquí no hay fresas, pero mandaremos por ellas á Madrid.
CAMILO. Dí que no.
GAB. No señor..
ISIDORO. ¿Cómo que no?
CAMILO. (Á Gabriela.) Quiero comerlas allí.
GAB.. Quiero comerlas allí.
ISIDORO. ¿Dónde?
GAB. En Madrid.
TODOS. ¡En Madrid!
CAMILO. (Á Gabriela.) Repito que es un antojo.
GAB. Repito que es un antojo.
CAMILO (Á Gabriela.) Y si no las como, me muero.
GAB. Y si no las como, me muero.
ISIDORO. ¡No hija mía! ¡Nunca!
EUL. ¡Ave María Purísima!
JORGE. (¡Á Madrid! ¡Qué ganga!) Reflexionen ustedes que puede morirse.
CAMILO. Crean ustedes que podría haber una desgracia.
ISIDORO. ¡Basta! No hay más remedio. Había jurado que permaneceríais siempre en el pueblo; pero las circuns-

tancias son excepcionales. Nuestra responsabilidad inmensa. ¡Iréis á Madrid!

TODOS. ¡Á Madrid!

GAB. (Á Camilo.) No entiendo nada.

CAMILO. Ni hace falta.

ISIDORO. Prepara su equipaje en seguida. Se marcharán con Camilo esta misma tarde.

JORGE. (Gritando.) ¡Petra!

CAMILO. (Idem.) ¡Tomasa! (Salen dos criadas por distintas puertas.)

JORGE. Tráiga usted la ropa de la señorita.

CAMILO. Prepare usted el baúl del señorito.

ISIDORO. (Llamando.) ¡Pedro!

EUL. ¡Antonio! ¡Antonio! (Sale un criado.) Vaya usted á ayudar á las chicas.

ISIDORO. (Sacando una cartera.) Aquí tienes dinero. (Á Jorge.) No prives á tu mujer de nada.

JORGE. ¡Qué he de privar! (Los criados atraviesan la escena en distintas direcciones cargados de ropa. Gabriela coge un lío de ropa de mano de uno de los criados.)

EUL. (Á Gabriela.) ¡Tú, no, hija mía!

ISIDORO. ¡Tú, no! ¡Siéntate! ¡No hagas esfuerzo alguno!

EUL. Siéntate, Gabriela. (La sientan.)

ISIDORO. ¡Eulalia!

EUL. ¡Isidoro! (Se abrazan.)

JORGE. (Á Camilo.) ¡Estoy loco de gusto!

CAMILO. (Á Jorge.) ¡Y yo de alegría!

JORGE. ¡Á Madrid, chico! (Abrazándole.)

CAMILO. ¡Chico, á Madrid! (Los criados siguen corriendo por la escena cargados de ropa. Final movido. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Saloncito elegante de un hotel. Puerta al foro y laterales. La del foro se supone dar al pasillo, en cuya pared habrá un cuadro indicador de timbres. La puerta del primer término de la derecha tiene el número doce; la del primer término izquierda el número siete. Mesa con tapete en el centro de la escena rodeada de butacas: sobre la mesa periódicos y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, SATURNINO mira el cuadro, suena el timbre y aparece el número siete.

SAT. El número siete. Va en seguida. (Timbre.) El número ocho. Va en seguida. (Timbre.) El número doce. Va en seguida. (Timbre.) El número catorce. (Sentándose incomodado.) No voy á ninguno.

ESCENA II

SATURNINO, JULIA y ENRIQUETA

JULIA. (En el foro.) ¿No hay nadie por aquí?
ENRIQ. Chica, esta fonda no está habitada.

JULIA. ¡Camarero! (Llamando.)
ENRIQ. (Id.) ¡Mozo!
SAT. ¿Quién llama?
JULIA. ¡Gracias á Dios! Aquí hay un sér viviente.
SAT. ¿Desean ustedes alguna habitación?
JULIA. No. Deseamos ver á una amiga que vive aquí desde ayer.
SAT. ¿Cómo se llama?
JULIA. Carmencita. Digo, doña Carmen Cienfuegos.
SAT. No la conozco.
JULIA. ¿Cómo que no?
ENRIQ. Imposible.
SAT. Aseguro á ustedes que ayer sólo recibimos á una dama de alto copete. La señora Condesa del Risco.
JULIA. ¿La Condesa del Risco?
ENRIQ. No conozco ese título
JULIA. Ni yo tampoco.
SAT. Será extranjera.
JULIA. ¿Qué señas tiene?
SAT. Ella es así, muy guapa ella, y con unos ojos, y un pelo, y un talle...
JULIA. Las señas son mortales.
ENRIQ. Tome usted. Pásele mi tarjeta. (Dándosela.)
JULIA. ¡Pero chica!
ENRIQ. Calla, tonta ¿Y si es Carmencita?
JULIA. ¿Carmencita Condesa?
ENRIQ. Es muy capáz de fingirlo. Vaya usted.
SAT. En seguida. Pero calle usted. ¡Ella sale!
ENRIQ. (Viendo á Carmencita.) ¿No te lo dije?
JULIA. ¡Pues es verdad! (Vase Saturnino por el foro.)

ESCENA III

DICHOS y CARMENCITA por la primera de la izquierda.

CARM. (Vestida de calle.) ¡Julia! ¡Enriqueta!
JULIA. Señora condesa... (Riéndose.)
ENRIQ. ¡Já, já, já! ¡Chica! ¿pero desde cuándo eres condesa?

CARM. Es un título muy reciente. Desde ayer nada más.

JULIA. ¿Y cómo es eso? ¿Lo heredaste también?

CARM. ¡Quiá! Sino que al volver á Madrid, y mientras me arreglan un pisito muy cuco que he alquilado en la calle de Fuencarral, me apropié este título que va anejo á un castillo que he heredado de mi difunto tío. (Se sientan.)

ENRIQ. ¡Ah! ¿tienes castillos?

JULIA. ¿Castillos en el aire?

CARM. No, hija; castillos con cimientos y todo. Ya sabéis que yo tenía un tío, cuya existencia ignoraba, y que tuvo á bien morirse para hacerme á mí pasar á mejor vida.

ENRIQ. ¡Valiente tío!

CARM. Esa fué la causa de mi marcha á Galicia para tomar posesión de la herencia, cambiando mi existencia de modista por la de propietaria actual.

JULIA. ¡Vienes muy guapa!

ENRIQ. ¡Los alimentos gallegos te han sentado bien!

CARM. ¿Y vosotras, qué habéis hecho en esta temporada?

JULIA. Una porción de vestidos.

CARM. ¿Seguís en el taller?

ENRIQ. Naturalmente. Á nosotras no nos ha salido ningún tío gallego.

CARM. ¿De manera que no habéis ido á ninguna parte?

JULIA. Á Biarritz algunas tardes.

CARM. ¡Ah! Vamos, habéis traspasado los Pirineos.

ENRIQ. No, mujer, no hemos traspasado más que la puerta de Alcalá; ésta se refiere al Biarritz del barrio de Salamanca.

CARM. ¡Habréis pasado un verano aburridísimo!

JULIA. No te lo puedes imaginar.

ENRIQ. Y tú, en cambio, delicioso.

CARM. Pues te equivocas. Como es consiguiente, tuve que ponerme de luto por el buen parecer, y como además, en el poblachón donde fuí á parar no había más distracción que salir de paseo á las heras, me he pasado trillando todo el verano, Pero ahora ya soy libre, rica...

relativamente, y no pienso más que en divertirme y realizar mis sueños dorados.

ENRIQ. ¡Ah! ¿tú sueñas?

CARM. Hasta ahora, en voz baja; pero desde hoy, á voz en grito. Me caso.

JULIA. ¿Te casas? ¡Quién pudiera decir lo mismo!

ENRIQ. ¿Y con quién?

CARM. Pues con Jorge.

JULIA. ¡Qué Jorge!

CARM. ¡Toma, pues mi novio!

JULIA. ¡Ah, sí!

CARM. Me dió palabra de casamiento, y como es tan difícil encontrar quien dé esas cosas, le cojo por la palabra. Por cierto que hace una temporada que no le echo la vista encima. ¿Le habéis visto?

ENRIQ. Yo no. ¿Y tú? (Á Julia.)

JULIA. Yo tampoco.

CARM. No importa; le encontraré.

JULIA. ¿Y tú crées que es hombre de palabra?

CARM. Veremos. Yo no he podido olvidarle; sus travesuras me encantaban.

JULIA. ¡Traía siempre revuelto todo el taller!

ENRIQ. Y estaba el pobre á la cuarta pregunta.

CARM. ¡Es verdad! Pero era muy guapo.

JULIA. ¡Y muy elegante!

ENRIQ. ¡Y muy pillo!

CARM. Eso sobre todo.

JULIA. ¡Pero, qué elegante estás! ¿Quién te viste?

CARM. Besançon.

ENRIQ. ¿Ibas á salir?

CARM. Un momento. Ahí al lado.

JULIA. Te acompañaremos.

ENRIQ. Sin ser indiscretas.

CARM. ¡Qué tontería! Voy á hacer un encargo, y vuelvo en seguida para vestirme. ¿Supongo que nos veremos esta noche? Os convido á comer.

JULIA. ¡Aceptado! ¡Ah! Te presentaremos á Gabriela.

CARM. ¿Gabriela? ¿Quién es Gabriela?
JULIA. Una nueva compañera de armas y fatigas.
ENRIQ. Chica muy simpática, aunque algo encogida y tímida. También va á casarse con un viejo muy rico.
JULIA. Le hemos hablado mucho de tí.
ENRIQ. Y está deseando conocerte.
CARM. ¿Quién, el viejo?
JULIA. No, mujer, Gabriela.
CARM. ¿Por qué no la habéis traído?
JULIA. Eso pensábamos Pero no ha parecido hoy por el taller.
ENRIQ. Luégo la verás.
CARM. Corriente. En marcha.
JULIA. ¡Cuánto me alegro que hayas vuelto!
ENRIQ. ¡Pase usted, señora Condesa!...
LAS TRES. ¡Já, já, já! (Vanse por el foro riendo.)

ESCENA IV

JORGE y luégo SATURNINO

JORGE. (Por la primera de la derecha.) ¡Saturnino! ¡Saturnino!
SAT. (Por el foro.) ¡Señorito!
JORGE. Ahora mismo vas á pedir mi cuenta.
SAT. ¿La cuenta?
JORGE. Ó me das una habitación en otro piso.
SAT. ¿Pues qué sucede?
JORGE. Sucede, que tengo dos vecinos á quienes no puedo sufrir. El de la derecha, en cuanto amanece empieza á dar unos alaridos horribles.
SAT. Es el alemán del número trece, lleva dos años en la fonda, y todas las mañanas en cuanto sale el sol le da tal alegría que se queja á voces... en alemán por supuesto.
JORGE. Bueno; pero yo le oigo en castellano y me molesta. En cuanto á los vecinos de la izquierda, es un matrimonio que se pasa toda la noche regañando.
SAT. Lo siento.

JORGE. El que los siente soy yo. Llegamos hace dos días y aún no hemos podido pegar los ojos.

SAT. ¡Qué lástima! Pues crea usted que ningún huésped se ha quejado.

JORGE. Pues yo me quejo por todos.

SAT. Bueno, bueno. Arreglaremos otro cuarto. Es igual.

JORGE. No, si es igual no lo arregles.

SAT. Quiero decir que es igual para nosotros. (Vase por el foro.)

ESCENA V

JORGE; luégo CAMILO

JORGE. Pues hombre, bonita música. Si lo sé, me voy á otra fonda.

CAMILO. (Por el foro.) Adiós, primo.

JORGE. ¡Hola! ¿Eres tú? ¿Qué tienes? ¡Vaya una cara!

CAMILO. Acabo de examinarme.

JORGE. ¿Qué me cuentas? ¿Y qué ha ocurrido? Vamos á ver.

CAMILO. Me senté en la silla enfrente del tribunal. Eran tres los profesores. Tres, chico. El primero me hizo seis preguntas á las cuales no contesté.

JORGE. ¿Por qué no contestate?

CAMILO. ¡Toma! ¡Porque no sabía qué contestar! ¡Pues si lo hubiera sabido! El segundo me hizo cuatro.

JORGE. ¿Cuatro preguntas?

CAMILO. Eso es. Y le contesté como al primero.

JORGE. ¡Pero chico!

CAMILO. Llegó el turno al último profesor.

JORGE. ¿Y cuántas preguntas te hizo?

CAMILO. Una sola. Me preguntó que por dónde se entra en la iglesia. ¿Qué hubieras tú contestado?

JORGE. Toma, que por la puerta. Yo no he entrado por otra parte.

CAMILO. Eso le contesté yo, y me dijo: es usted un borrico. Se entra por el bautismo; pero á usted no le recibirán por ninguna parte.

JORGE. Pues te has lucido.

CAMILO. No, lucirme no me he lucido; como que me han dado calabazas.

JORGE. ¡Está claro!

CAMILO, No, está turbio. Cuando lo sepa mi tío me rompe un alón.

JORGE. ¡Já, já, já!

CAMILO. ¡Ríete, ríete!

JGRGE. ¿Y qué año probabas?

CAMILO. El que pruebo siempre. El primero de Notariado. Hace seis años que lo estoy probando, pero no me lo como de una vez.

JORGE. Entonces tu tío no se sorprenderá.

CAMILO. No se sorprende, no; pero me acorta los víveres, me deja sin un cuarto, y considera.

JORGE. ¡Bah! No te apures. Cuenta conmigo.

CAMILO. Gracias. Esos sentimientos te honran: De todos modos debes estarme muy agradecido.

JORGE. ¿Agradecido? ¿De qué?

CAMILO. Si ahora estás en Madrid, á mí me lo debes.

JORGE. ¿A tí? No comprendo...

CAMILO. ¿Cómo? ¿Gabriela no te dijo nada?

JORGE. No tal.

CAMILO. Pues aquello de los antojos fué ocurrencia mía.

JORGE. ¿Eh?

CAMILO. ¡Sí! Yo le apuntaba por lo bajo. ¡Tengo un antojo! ¡Tengo un antojo!

JORGE. ¿Qué dices?

CAMILO. Lo que oyes. Y Gabriela repitió mis palabras sin comprender su alcance.

JORGE. ¡Ah, tunante! ¡Y yo que me figuraba!... ¿Conque es decir, que te has divertido conmigo?

CAMILO. ¡No! ¡Con mi tío! Es decir, con nadie.

JORGE. ¡En medio de todo, ¡tiene gracia! ¡Já, já, já! ¡Y yo que no quería dejarla sola un momento!

CAMILO. (Pues por eso te lo he dicho. Para que la dejes.)

JORCE. ¿Eh?

CAMILO. Nada. ¡Qué tiene gracia!
JORGE. Pues mira, me alegro.
CAMILO. ¿Sí?
JORGE. Palabra de honor. Desde hoy me lanzo á los placeres.
CAMILO. ¡Bravo! Oye una cosa. ¿Has visto á Carmencita?
JORGE. Todavía, no.
CAMILO. ¿De veras?
JORGE. Te lo juro.
CAMILO. Pues nada. ¡Ancha Castilla!
JORGE. La vida es corta, ¡qué diablo!
CAMILO. ¡Y muy tonto será el que no la aproveche!
JORGE. ¿Opinas como yo?
CAMILO. ¡En absoluto!
JORGE. ¡Eso me gusta!
CAMILO. ¡Pues á mi, no digamos!...
JORGE. Por supuesto... mucha discreción.
CAMILO. Nada temas. Pero díme, ¿y mi prima?
JORGE. Vistiéndose para salir de paseo.
CAMILO. ¡Ah! ¿Vais de paseo?
JORGE. El último. Desde mañana permanecerá metidita en la fonda, y yo recobraré mi libertad. Hombre, supongo que algunas noches vendrás á acompañarla.
CAMILO. Si te empeñas...
JORGE ¡Pues ya lo creo!
CAMILO. ¡Nada! Cuenta con ello. Hasta luégo.
JORGE. ¿Te marchas? ¿No comes con nosotros?
CAMILO. ¿Quieres que coma con vosotros?
JORGE. ¡Sí, hombre! celebraremos los exámenes.
CAMILO. Vete á paseo. Voy á despedir á un amigo que está abajo y vuelvo.
JORGE. Te esperamos.
CAMILO. (Me invita á todo. Siempre es un descargo de conciencia.) (Vase por el foro.)

ESCENA VI

JORGE y luégo CARMENCITA

JORGE. La verdad es, que desde hace dos días estoy en Madrid, y ni he visto á ningún amigo ni he corrido broma alguna. Ya es necesario desterrar esta hipocondría. Divertirse, recordar los tiempos de soltero y...

CARM. (Dentro.) Bueno. Adiós. Hasta la noche.

JORGE. ¡Diablo! ¡Esa voz!... ¡Qué veo! ¡Carmencita!

CARM. (Saliendo por el foro.) ¡Jorge!

JORGE. ¡Qué felíz casualidad!

CARM. Precisamente hablábamos de tí hace poco.

JORGE. ¿Es posible?

CARM. ¿Qué ha sido de tu vida? Hace una porción de tiempo que no nos vemos.

JORGE. ¡Es verdad! (¡Quiera Dios que no salga mi mujer!) (Mirando hacia la derecha.)

CARM. ¿Vives aquí?

JORGE. Justo. Aquí mismo.

CARM. Yo también. ¡Qué casualidad!

JORGE. ¡Hombre! ¿Tú también? (Pues me marchó esta tarde.)

CARM. He estado en Galicia una temporada, heredé á un tío que se ha muerto.

JORGE. ¡Naturalmente!

CARM. De manera, que he cambiado de posición, y mientras me arreglan mi casita, decidí habitar esta fonda. Y tú, ¿qué has hecho en tanto tiempo?

JORGE. Casi nada. Viajar. He viajado mucho.

CARM. Supongo que no habrás olvidado tus promesas, tus juramentos. Juraste amarme toda la vida.

JORGE. ¡Y te amo, Carmencita!

CARM. ¿De veras? ¿Me quieres mucho?

JORGE. ¡Mucho! (Mirando siempre hacia la derecha.) (Estoy en ascuas.)

CARM. Por supuesto permanecerás soltero, libre.

JORGE. (¡Aprieta!) ¿Yo?...

CARM. Si hubieras sido capáz de casarte con otra, te arañaba.
JORGE. No lo creas. (¡Y me araña, ésta me araña!)
CARM. Ahora ha llegado el momento de que me des el nombre de esposa.
JORGE. ¡Caracoles!
CARM. Juntando lo que tú tienes y lo que yo tengo, podemos pasarlo muy bien.
JORGE. ¡Ya lo creo!
CARM. ¿Qué tienes? ¿Por qué miras tanto á aquella puerta?
JORGE. Porque entra mucho aire. Voy á cerrarla. (Lo hace.)
CARM. ¡Pero si hace un calor atróz!
JORGE. Pues por eso. Es aire caliente. Creo que en esta habitación no estamos bien.
CARM. ¡Una idea!
JORGE. ¡Díme!
CARM. Dentro de poco vendrán Julia y Enriqueta. Ya te acuerdas... Mis compañeras...
JORGE. ¡Sí, sí! Ya sé.
CARM. Hemos dispuesto para esta noche, una comida en *La Anguila.*
JORGE. ¿*La Anguila*?
CARM. Un restaurant nuevo, con jardín.
JORGE. No lo conozco.
CARM. Ni yo. Por eso vamos. Serás de los nuestros.
JORGE. ¡Magnífico! Sin embargo...
CARM. ¿Qué?
JORGE. Mejor sería que comiésemos solitos.
CARM. ¿Y qué más da?
JORGE. Nada, pero... ¿Dices que hay jardín?
CARM. Así parece.
JORGE. ¡Entonces acepto!...
CARM. ¿Palabra?
JORGE. ¡Palabra!
CARM. ¡Si supieras cuánto me he acordado de tí!
JORGE. ¿Pues y yo? (Camilo sale y queda parado en el foro.)
CAMILO. (¡Jorge con una mujer!)
CARM. Siempre diciendo, ¿dónde estará Jorge?

JORGE. Y yo exclamando siempre, ¿dónde estará mi Carmencita?
CAMILO. (¡Zapateta!)
CARM. Conque ya lo sabes. Á las ocho en la Puerta de Alcalá.
JORGE. No faltaré. ¡Comeremos juntos, qué dicha!
CARM. ¡Adiós, tortolito!
JORGE. Adiós, pichoncita. ¡Valiente lío! (Vase Carmencita por la izquierda.)

ESCENA VII

JORGE, CAMILO; luégo GABRIELA

CAMILO. (Dando un abrazo á Jorge.) Que sea enhorabuena.
JORGE. ¿Eh?
CAMILO. Te felicito de todo corazón.
JORGE. ¿Cómo? ¿Has oído?
CAMILO. Lo último, pero fué bastante.
JORGE. ¡He pasado un susto!
CAMILO. ¿Por qué?
JORGE. Figúrate que vive aquí.
CAMILO. ¿Quién?
JORGE. Carmen.
CAMILO. ¡Qué casualidad!
JORGE. Y estaba temiendo que mi mujer saliese.
CAMILO. ¡Demonio!
JORGE. Es preciso mudar de fonda.
CAMILO. Me parece prudente.
JORGE. ¡Silencio! ¡Gabriela!
GAB. (Por la primera de la derecha.) Ya estoy dispuesta. ¡Hola, primo mío!
CAMILO. ¡Hola, primita! (¡Qué guapa!)
GAB. ¿Cómo me sienta este traje?
CAMILO. ¡Admirable!
GAB. ¿Me parece que tiene *chic*, verdad?
CAMILO. ¡Uf!

GAB. (Por su marido.) (Ni me mira siquiera.) ¡Jorge!

JORGE. ¿Qué? ¡Ah, sí! Dices bien. Es preciso mudarnos.

GAB. ¿Mudarnos?

JORGE. Esta fonda es muy mala. Dormiremos en otra esta noche.

GAB. ¿Esta noche? ¡Imposible! ¡Si he sacado toda la ropa de los baules.

JORGE. Pues mira, la guardas otra vez. Nosotros te ayudaremos. ¿Verdad que la ayudaremos? (Pegándole con la mano disimuladamente.)

CAMILO. Te ayudaremos.

JORGE. Anda. En un momento se arregla todo.

GAB. ¿Pero no íbamos á salir?

JORGE. Es muy temprano. ¿Verdad que es muy temprano?

CAMILO. Como que va á oscurecer. No puede ser más temprano.

GAB. ¡Qué manía!

JORGE. Verás con cuánta prisa lo empaquetamos todo. (Á Camilo.) ¡Insiste, hombre! (Pegándole un pellizco.)

CAMILO. ¡Yo, insisto!

GAB. ¿Tú también? ¿Pero pasa algo en esta fonda?

JORGE. (¡Buena idea!) Pues bien, sí. Pasa algo grave. (Á Camilo.) Insiste. (Id.)

CAMILO. Insisto.

GAB. ¿Qué ocurre?

JORGE. Que... hay un enfermo de viruelas.

CAMILO. No.

JORGE. Dos.

CAMILO. Yo los he visto.

GAB. ¡Dios mío!

JORGE. Lo ocultan, ¿sabes? Si preguntas á cualquiera te dirá que no.

CAMILO. De fijo te dicen que no.

JORGE. Pero es cierto. Lo acabamos de descubrir, ¿verdad?

CAMILO. Hace poco. Yo entré descuidado y dije... viruelas tenemos.

GAB. Entonces vámonos en seguida.

JORGE. Sí, sí, despachemos. Ven, Camilo.

CAMILO. (¡Pero qué pillo es este hombre!) (Vanse por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

SATURNINO, ISIDORO y EULALIA por el foro

Todos cargados de maletas.

SAT. Pasen ustedes. Pasen por aquí.

ISIDORO. Estoy reventado.

EUL. Y yo no puedo más.

SAT. ¿Qué desean los señores?

ISIDORO. Una silla.

EUL. Eso es.

SAT. (Acercándolas.) Siéntense ustedes. Descansen un rato.

ISIDORO. Como no estoy acostumbrado al ferrocarril, me parece que lo tengo todavía dentro del cuerpo.

EUL. Y gracias que no te has mareado como yo.

ISIDORO. Es verdad. Mi mujer se mareó inmediatamente. El coche venía lleno. ¡Figúrese usted lo que allí habrá pasado!

SAT. No es extraño. Muchas personas se marean en ferrocarril.

ISIDORO. Gracias á que la cedieron una ventanilla y pudo... ¡Bueno has puesto al revisor!... En fin... ¿Cómo estás ahora?

EUL. Todo me da vueltas.

ISIDORO. Pues cierra los ojos. Con eso no verás nada.

SAT. Les dispondré á ustedes una habitación y allí descansarán.

ISIDORO. Aguarde usted. Ante todo, díganos usted dónde está.

SAT. ¿Quién?

ISIDORO. Nuestra hija.

SAT. ¿Qué hija?

ISIDORO. La nuestra, hombre.

SAT. ¡Ah! ¿Ustedes tienen una hija?

ISIDORO. Natural... Naturalmente.

SAT. Pues no la conozco.
ISIDORO. ¿Que no la conoce usted y vive en la fonda?
SAT. ¿Vive aquí?
EUL. La de Fernández.
ISIDORO. ¡La señora de Fernández!
SAT. ¡Ah! Es la señora de... En el número doce. Ahí lo tiene usted. (Señalando á la primera de la derecha.)
EUL. (Levantándose.) ¿Es ahí?..,
ISIDORO. (Id.) Espera un poco. Diga usted, ¿cómo está?
SAT. Bien, gracias.
ISIDORO. Mi hija, pregunto por mi hija.
SAT. Buena y sana.
ISIDORO. No es eso.
EUL. ¿Usted no ha notado nada en ella?
SAT. Nada, ¿de qué?
ISIDORO. Nada de extraño.
SAT. No señor.
ISIDORO. ¿Desde que vive aquí, no ha deseado algo excéntrico?
SAT. Que yo sepa...
EUL. ¿Qué comió anoche?
SAT. Lo que comió todo el mundo.
ISIDORO. ¿Recuerda usted si comió fresa?
SAT. Sí señor.
ISIDORO. (Da un beso al camarero.) ¡Eulalia! (Abrazándola.)
EUL. ¡Isidoro!
ISIDORO. Tome usted.
SAT. ¡Una peseta!
EUL. Tome usted.
SAT. ¡Ochenta céntimos!
EUL. Yo soy la madre.
ISIDORO. ¡Ochenta céntimos de madre!
SAT. (¡Valientes tipos!) Voy á avisarle en seguida.
ISIDORO. ¡No! En seguida no. La noticia, podría asustarla.
EUL. Ten en cuenta que no nos espera.
ISIDORO. Y la emoción sería profunda. ¿Cómo la avisaríamos?
EUL. No se me ocurre.
ISIDORO. Hay que prepararla poco á poco. Mira, le escribo di-

ciéndola: Salimos para esa. Y después otra carta. Ya estamos cerca, y por último: hemos llegado.

EUL. ¡Qué tontería!

ISIDORO. Pues inventa otro medio.

EUL. Lo mejor será que le avisen á Jorge, y éste puede encargarse de irla preparando.

ISIDORO. Dices bien. Vaya usted y con mucho disimulo indica usted á Jorge, á don Jorge, que un caballero desea verle.

EUL. Con mucho disimulo.

SAT. ¡Bueno, bueno! (Vase por la primera de la derecha: llama con los nudillos en la puerta.) ¿Se puede? (Entra en la primera de la derecha.)

ESCENA IX

ISIDORO y EULALIA

ISIDORO. ¡Pero qué molidito estoy!

EUL. ¡Cuánto mejor hubiéramos venido en ese coche nuev donde se acuesta uno. ¿Cómo se llama?

ISIDORO. Skuting-par.

EUL. ¡Eso!

ISIDORO. No me gusta nunca tomar lo desconocido.

EUL. Díme, Isidoro, ¿qué nombre le pondremos?

ISIDORO. ¿Al Skuting-par?

EUL. No. Á nuestro nieto.

ISIDORO. Jorge, como el padre.

EUL. ¿Y si fuese niña?

ISIDORO. Entonces, Jorja.

ESCENA X

DICHOS y SATURNINO; luégo JORGE

SAT. ¡Ya sale el señorito!

ISIDORO. Bueno; pues váyase usted.

SAT. (¡Valiente familia!) (Vase por el foro.)

JORGE. ¿Quién me llama?... ¡Qué veo! (Sin moverse de la puerta.)
ISIDORO. ¡Calla!
EUL. ¡No grites!
JORGE. ¿Ustedes en Madrid? (Gritando hacia la derecha.) ¡Gabriela! ¡Aquí están tus padres! ¡Qué sorpresa!
ISIDORO. ¡Calla, condenado!
EUL. ¡Pues me gusta el disimulo!

ESCENA XI

DICHOS, GABRIELA y CAMILO

GAB. ¡Es posible! ¡Papá! ¡Mamá!
ISIDORO. ¡No te asustes, hija! ¡Calma! ¡Calma!
EUL. ¡No te emociones! (Abrazándola.)
GAB. ¡Qué dicha!
ISIDORO. (Á Eulalia.) ¡Cuidado, Eulalia! ¿Lo ves? ¡Está temblando!
EUL. ¡Sosiégate, hija mía!
ISIDORO. ¡Trae agua!
EUL. ¡Agua y vinagre!
GAB. ¿Para qué? ¡Si no me ocurre nada!
ISIDORO. Queríamos evitarte la sorpresa.
EUL. Pero tu esposo no tuvo precaución.
CAMILO. (Riendo.) ¡Já, já, já! ¡Qué inocentes!
ISIDORO. ¡Hola, sobrino!
CAMILO. ¡Felices, tío! ¡Felices, tiita!
ISIDORO. ¿Qué tal los exámenes?
CAMILO. ¿Los... La... ¡Buenos, gracias! (Con cara muy compungida.)
ISIDORO. ¿Qué tienes?
CAMILO. ¡Nada! ¡Es la sorpresa! La llegada de ustedes me ha emocionado de tal modo...
ISIDORO. ¿Á tí también?
CAMILO. Mucho.
ISIDORO. No importa. Contigo no hay miedo. ¿Pero ibas á salir? Te veo con el sombrero puesto...

GAB. Sí señor, pensábamos hacerlo, y luégo... ¿Pero quieren ustedes explicarme el motivo de su viaje?

JORGE. ¡Abandonar el pueblo! ¡Venir á Madrid de improviso!

GAB. ¡Ustedes que tanto le odian!

ISIDORO. Es verdad ¡Qué quieres! Desde vuestra partida no teníamos un momento tranquilo. La casa nos pinchaba.

EUL. Aquello parecía una tumba.

ISIDORO. Acostumbrados á vivir en familia, echábamos de menos tus caricias (Á Gabriela.) y tus torpezas. (Á Jorge.)

EUL. Y yo le dije á *éste*: así no podemos estar.

ISIDORO. Y yo le contesté á *ésta*: Es necesario que tomemos una resolución.

EUL. Y entonces me dijo *éste*: ¿Te atreves á que nos vayamos?

ISIDORO. Y en seguida me dijo *ésta*: Vámonos.

EUL. Y aqui tenéis á *éste*.

ISIDORO. Y á *ésta*.

GAB. ¡Qué felicidad!

JORGE. (¡Malhaya el capricho!)

ISIDORO. Es preciso que nos dispongan una habitación al lado de la vuestra.

JORGE. ¿Aquí? ¿En la fonda?

ISIDORO. Claro está.

JORGE. ¡Imposible! Nos mudamos dentro de una hora.

EUL. ¿Dónde?

JORGE. Á otra parte.

ISIDORO. ¿Por qué razón?

GAB. (Aparte á Jorge.) No le digáis nada. Porque sirven muy mal y estamos muy estrechos. ¿Verdad, Camilo?

CAMILO. Sí señor. No cabemos.

ISIDORO. ¿Vives tú aquí también?

CAMILO. No tal. Pero cuando vengo, apenas cabo, digo, quepo.

ISIDORO. Corriente. Nos iremos á otra parte.

EUL. ¿Después de comer?

ISIDORO. ¡Justo! Después de comer.

GAB. Crean ustedes que se come muy mal en esta fonda.

ISIDORO. ¿Qué me cuentas?

CAMILO. Sí señor. Apenas cabemos.
ISIDORO. ¿Eh?
CAMILO. Digo, apenas comemos.
GAB. Será mejor comer en otra parte.
ISIDORO. Bueno. Por nosotros...
EUL. Pero supongo que al menos podremos lavarnos
ISIDORO. Se cope, se quepe digo, se cabe para eso.
JORGE. ¡Já, já, já! Sí señor.
GAB. Pasen ustedes á nuestro cuarto; se arreglan ustedes, y después nos vamos á comer todos juntos á Fornos. ¿No dices que es un restaurant de mucho *chic*?
JORGE. (¡Demonio, y la otra que me espera!) Te diré. Yo no puedo comer hoy contigo.
GAB. ¿Eh?
JORGE. Me olvidé decirte que me habían invitado.
GAB. ¿Quién?
JORGE. Un amigo. ¡Un amigo de la infancia! Creo que se lo indiqué á Camilo. ¿Te indiqué algo de esto? (Pegándole con la mano.)
CAMILO. Deja que me acuerde. ¡Sí! Ya me acuerdo. Me lo indicaste.
JORGE. ¿Lo ves?
CAMILO. Un amigo á quien no habías visto en mucho tiempo.
JORGE. También te lo indiqué,
GAB. Pues que se venga con nosotros.
JORGE. ¿Estás loca? No puede ser.
GAB. ¡Pero!...
JORGE. Nada, nada, no lo intentes.
GAB. Pero si desde que llegamos á Madrid no has visto á nadie.
JORGE. Eso te figuras tú; pero lo he visto.
GAB. (¡Habrá embustero!)
JORGE. Conque les dejo á ustedes. Me citó á las ocho, y falta media hora.
GAB. ¿Te marchas?
JORGE. Es preciso. No puedo faltar á la cita. Antes no me atrevía á dejarte sola; ¡pero ahora que están aquí

tus padres... Después de comer vuelvo para que nos marchemos á otra fonda. Hasta luego, papá. Adiós, mamá. Adiós, mujercita. (Si no me decido, me embargan para toda la noche.) (Vase por el foro.)

ESCENA XII

DICHOS, menos JORGE

GAB. ¡Qué desgraciada soy! (Llorando.)
ISIDORO. ¡Hija!
EUL. ¡Gabriela!
GAB. ¡Me engaña! ¡Estoy segura! (Llorando.)
ISIDORO. ¡No llores!
EUL. ¡No te sofoques!
GAB. Esa comida es un pretexto.
ISIDORO. Vamos, mujer. No creas semejante cosa.
EUL. ¡No lo creas, Gabriela!
GAB. Bueno, bueno. Vayan ustedes á arreglarse.
ISIDORO. Tranquilízate, por las once mil Vírgenes
GAB. Ya estoy tranquila, papá. Vayan ustedes.
EUL. (Á Isidoro.) ¿Será capáz de engañarla?
ISIDORO. (A Eulalia.) ¡Lo mato! ¡Créete que lo mato! (Vanse por la primera de la derecha.)

ESCENA XIII

GABRIELA y CAMILO

GAB. ¡Pronto! Díme la verdad.
CAMILO. ¡La verdad!
GAB. Tú debes saberla. ¿Dónde va Jorge?
CAMILO. Ya te lo ha dicho. A comer con un amigo.
GAB. ¡Falso!
CAMILO. ¿Qué falso? ¡verdadero!
GAB. ¡Falso, repito! ¡Sabe Dios si se tratará de una mujer!
CAMILO. (¡Qué penetración!)

GAB. De una mujer que será más guapa que yo, y más elegante, ¡y qué tendrá eso que tanto le gusta á mi marido! (Llorando.)

CAMILO. ¡Quién sabe!

GAB. ¿Lo ves? ¿Ves cómo tú también lo sospechas? ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Pero dónde están esas mujeres? Necesito conocerlas, copiar sus maneras, sus trajes, enséñame algunas, primo mío.

CAMILO. ¿Pero te figuras que se hallan en un escaparate?

GAB. Se hallarán en paseo, en los teatros, en...

CAMILO. (¡Ah, qué idea!) Naturalmente. En el Real sobre todo! ¡Hay allí cada mujer! ¡Si vieras qué lujo, que *toilettes*! La crema de la elegancia y de la distinción. Condesas, marquesas, baronesas... Podíamos hacer una cosa.

GAB. ¡Habla!

CAMILO. ¡Dejar aquí á mi tíos! Que coman en la fonda. Nosotros nos vamos á un restaurant que yo conozco donde acuden muchísimas jóvenes del gran mundo. Y después al Real. ¿Qué te parece?

GAB. Que me encanta la idea; pero no me atrevo á realizarla.

CAMILO. ¿Por qué?

GAB. ¡Qué sé yo! ¡Marcharnos solos, sin que ninguno sepa nada!

CAMILO. ¿Y qué importa? ¿No soy tu primo? ¿No eres mi prima? ¿No es tu marido también primo?

GAB. Sin embargo...

CAMILO. ¡Vamos! ¡Anímate!

GAB. No, no. El corazón me dice que mi puesto está a lado de mis padres.

CAMILO. ¡Gabriela!

GAB. Una voz me grita que no debo hacerlo.

CAMILO. No hagas caso de esas voces.

GAB. No, no. Déjame, Camilo.

CAMILO. Voy á ver si quiere algo mi tío.

GAB. Como gustes.

CAMILO. Todavía se resiste. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA XIV

GABRIELA, luégo CARMENCITA y SATURNINO

GAB. ¡Y yo que me imaginaba tener conquistado á Jorge á pesar de su indiferencia!

CARM. (Saliendo por la primera de la izquierda.) ¡Saturnino! Por más que una llama, no acude nadie. (Va al foro.) ¡Saturnino!

GAB. (Que se sentó á la izquierda.) (¡Qué joven tan guapa! ¡Y qué elegante!)

SAT. (Saliendo.) ¿Llamaba usted, señora?

CARM. ¿Dónde se mete usted? Estoy llamando hace una hora.

SAT. Dispense usted.

CARM. Que lleven en seguida esta carta.

SAT. Muy bien. ¿Tiene las señas?

CARM. Sí. Aguarde usted. He olvidado una cosa. (Se sienta al velador. Abre la carta, escribe y vuelve á cerrarla.)

GAB. (Llamando á Saturnino.) ¡Chits!

SAT. Señora...

GAB. (Bajo á Saturnino.) ¿Quién es?

SAT. ¿Aquella? Una dama de alto copete.

GAB. (Levantándose.) ¿Sí?

SAT. ¡Uf! ¡La Condesa del Risco! Una señora muy guapa y con mucho *chic*.

GAB. ¡Ah! ¿Tiene *chic?* (Esta no se me escapa.)

CARM. (Dando la carta á Saturnino.) Tome usted.

SAT. Muy bien, señora Condesa. (Vase por el foro.)

ESCENA XV

GABRIELA y CARMENCITA

CARM. (Fijándose en Gabriela.) ¡Ah! Señorita... Dispense usted... No había reparado...

GAB. Felices, señora Condesa.

CARM. ¿Cómo? ¿Me conoce usted?

GAB. ¡Mucho!
CARM. (¡Qué joven tan simpática!) Usted es...
GAB. ¿Yo? Gabriela de...
CARM. ¿Cómo? ¿Gabriela? ¿La compañera de Julia y de Enriqueta?
GAB. ¿De Julia y de?...
CARM. ¡Justo! ¡Eso es!
GAB. (¿Serán también de la aristocracia?)
CARM. ¡Cuánto me alegro! ¿Pero por qué no ha venido usted antes?
GAB. (Cortada.) ¿Antes? Pues porque... he venido después.
CARM. La citaron á usted aquí y se ha retrasado.
GAB. Eso.
CARM. ¡Cuánto celebro!... Siéntese usted. (Se sientan.) Y tratémonos con entera franqueza. Yo soy muy franca. Julia y Enriqueta me han hablado de usted en tales términos, que hasta me figuro haberla tratado con la misma intimidad que á ellas.
GAB. Es usted muy amable.
CARM. ¡Pero empecemos por tutearnos, chica!
GAB. ¿Eh?
CARM. ¿Para qué andar con etiquetas?
GAB. Bueno. (Esto se conoce que es muy *chic*.)
CARM. ¿Desde cuándo vives en Madrid?
GAB. Desde anteayer.
CARM. ¡Ay, que guasa! Embustera. Si esa me ha dicho que has pasado aquí todo el verano.
GAB. Justo. (¿Pero qué lío es este?)
CARM. ¿Sabes lo que te digo? que eres muy guapa y muy simpática.
GAB. Gracias.
CARM. Y díme, ¿cuándo te casas?
GAB. ¿Qué cuándo me?...
CARM. No me lo niegues. Sé que te casas con un viejo muy rico.
GAB. ¡Sí!
CARM. Bien hecho, esa es la carrera de la mujer; lo que no

me gusta es que sea viejo; pero no importa, lo matas á disgustos.

GAB. (Ella se lo dice todo.)

CARM. ¡Yo también me caso!

GAB. Sí, ¿eh?

CARM. No hago tan buena boda como tú. Pero á veces tambien una se interesa, y el diablo se empeña en trastornar los cascos... Eso precisamente me ocurre á mí con Jorge.

GAB. ¿Eh? ¿Con Jorge?... ¿Conque Jorge?

CARM. ¡Un chico lo más tunante!...

GAB. ¿Pero y el apellido?

CARM. ¿El apellido? Jorge Fernández.

GAB ¿Qué óigo? (Levantándose.) ¿Y es con ese con el que te casas?...

CARM. Sí. Le perdí de vista hace una temporada. Pero hoy he vuelto á verle y me ha reanudado sus promesas.

GAB. ¿Hoy?

CARM. Aquí mismo vive; en esta fonda.

GAB. (¡Mi marido! ¡Gran Dios!)

CARM. Ya te lo presentaré.

GAB. (¡Ah, infame!)

CARM. Esta misma noche puedes verle, porque comemos juntos.

GAB. (Esta era la cita del amigo.)

CARM. ¿Qué tienes?

GAB. ¡Nada! (Es preciso disimular... cogerle infraganti...)

CARM. ¡Te has puesto como una cereza!

GAB. ¡Es el calor!... ¡Hace mucho calor!... (La ahogaría.)

CARM. Conque si quieres ser de los nuestros...

GAB. ¡Pues no he de querer! (¡Ah, pillo!) ¿Dónde, dónde es la cita?

CARM. Á las nueve en *La Anguila*.

GAB. No faltaré. (Muy agitada.)

CARM. ¿Qué te ha dado, criatura?

GAB. (¡Y yo hablaba con ella!) ¡Y quise parecerme á esta mujer!

CARM. ¿Te has puesto enferma?
GAB. ¡No! Repito que es el calor. Me marcho.
CARM. ¿No quieres pasar á mi cuarto?
GAB. No, no... Mil gracias.
CARM. Entonces, te dejo. Voy á concluir de arreglarme. Adiós. Á las nueve. No te hagas esperar
GAB. ¡Oh, no tengas cuidado!
CARM. Bueno. No faltes. (Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XVI

GABRIELA; luégo CAMILO

GAB. ¡Inícuo! ¡Perjuro! ¡Traidor!... Engañarme villanamente. ¡Y esta mujer! ¡Oh! ¡Buena será ella! Es preciso ir á sorprenderle, á humillarle...¿Pero con quién?...
CAMILO. Ya están los tíos dispuestos para salir.
GAB. ¡Ah! ¡Contigo!
CAMILO. Y contigo también. Nos vamos todos.
GAB. Digo que tú me acompañarás. ¿No querías llevarme á comer?
CAMILO. ¡Ya lo creo!
GAB. ¡Pues iremos!
CAMILO. ¿Es posible? ¿Cambiaste de idea?
GAB. Pero hemos de ir á *La Anguila.*
CAMILO. ¿El restaurant nuevo? Precisamente quería llevarte allá. ¡Oh, Gabriela, Gabriela! (Ahora se lo digo.) Gabriela, yo te...
GAB. Tú me quieres, ¿no es verdad?
CAMILO. (¡Caramba, qué penetración!)
GAB. ¡Pues yo ardo en deseos de vengarme! (Paseándose agitada.)
CAMILO. ¿Vengarte?
GAB. ¡De mi marido!
CAMILO. ¿Sí? ¡Pues yo ardo también! (Paseando detrás de ella.)
GAB. ¿Tú también? ¿Luego sabes?...
CAMILO. ¡Todo! Estoy achicharradito.

GAB. Ya verás lo que es bueno.
CAMILO. Vamos á verlo.
GAB. Mi marido es un bígamo.
CAMILO. ¡Mucho más que eso, un trígamo.
GAB. Vámonos.

ESCENA XVII

DICHOS, ISIDORO y EULALIA

ISIDORO. Cuando gustéis.
GAB. Dispensa, papá. Dispensa, mamá. No me es posible comer con ustedes.
CAMILO. No nos es posible comer.
ISIDORO. ¿Por qué razón?
EUL. ¿Qué pasa?
CAMILO. Pues pasa... Dí tú lo que pasa. Anda.
GAB. ¡Que quiero vengarme!
CAMILO. ¡Que queremos vengarnos! ¡Se acabó!
ISIDORO. ¿Vengarte?
EUL. ¿Pero estás loca?
GAB. Coman ustedes donde les dé la gana.
CAMILO. Ó no coman ustedes. Es igual.
GAB. Yo, me voy á *La Anguila*.
CAMILO. ¡Eso! ¡Á *La Anguila*!
GAB. ¡Mi marido es un infame bígamo!
ISIDORO. ¿Bi... qué?
GAB Necesito cogerle infraganti y arrancarle los ojos. Vamos, primo.
CAMILO. Muy buenas tardes. (Vanse precipitadamente por el foro agarrados del brazo)

ESCENA XVIII

ISIDORO, EULALIA, luégo CARMENCITA y SATURNINO

ISIDORO. ¿Qué le pasa?
EUL. ¿Qué le sucede?

ISIDORO. ¿Será Jorge capáz de engañarla?

EUL. No lo creo.

ISIDORO. Sin embargo. No hemos debido dejarla sola con su primo; en el estado de exaltación en que se encuentra es capáz de hacer cualquier tontería.

CARM. (Saliendo por la primera de la izquierda.) ¡Saturnino ¡Saturnino!

SAT. ¿Quién llama? (Por el foro.)

CARM. Si traen algún encargo para mí hágame usted el favor de tomarlo.

SAT. ¿No come la señora en casa?

CARM. No; como en *La Anguila*. (Vase por el foro.)

ISIDORO. ¿Esta también?

SAT. ¿Y ustedes van á comer?

EUL. Isidoro, ¿qué hacemos?

ISIDORO. Eulalia, ¡*á La Anguila*! (Dándole el brazo.)

EUL. ¡*Á La Anguila*! (Vanse por el foro.)

SAT. Pues señor, todo el mundo se va á *La Anguila*. Me alegro. Asi hay menos servicio. (Sentándose. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardín en el restaurant de *La Anguila*. Tapia al foro. En el primer término de la derecha, cenador con mesa preparada para dos cubiertos. À la izquierda, mesa con platos, cubiertos, etc. Al lado de la mesa un banco de jardín. En el centro de la escena aparatos de luz.

ESCENA PRIMERA

UN CAMARERO y MARTÍNEZ

CAM. Le digo á usted que yo solo no puedo hacer el servicio de estos cuartos. Si no viene otro camarero, me marcho.

MART. Ya le he dicho á usted que aguardo uno de Vitoria, que ha debido llegar á Madrid hoy mismo, según su carta. Le aguardo de un momento á otro. Y además, ya me vé usted á mí; también estoy sirviendo.

CAM. Pues que venga pronto, porque hoy el restaurant está lleno y me vuelvo loco. Tengo la cabeza repleta de entrecots, ensaladas, vinos y postres.

MART. ¡Multiplíquese usted, hombre!

CAM. Eso hago.

VOCES. (Dentro.) ¡Mozo! ¡Camarero! (Por distintos lados.)

MART. Vaya usted.

CAM. ¿Dónde?
MART. Á todas partes. Multiplíquese usted.
CAM. Yo me multiplico y ustedes me dividen. (Vase.)

ESCENA II

MARTÍNEZ; luégo JULIA y ENRIQUETA

MART. ¡Malhaya el retraso de ese nuevo sirviente! Siempre sucede lo mismo en los momentos de más bulla.
JULIA. ¡Buenas noches! (Por el último término de la derecha.)
ENRIQ. Buenas noches.
MART. Á los piés de ustedes. ¿Van ustedes á comer? Aquí pueden colocarse. (Señalando al cenador.)
JULIA. No. Buscamos á una amiga con la cual estamos citadas.
ENRIQ. Pero se conoce que no ha venido aún.
MART. Tal vez se halle por allá dentro. Aquello está lleno.
JULIA. ¿Vamos á verlo?
ENRIQ. Como quieras.
MART. Pasen ustedes.
JULIA. Si viene, dígale usted que estamos aquí. (Vanse por el último término de la izquierda.)
MART. Corriente. Yo se lo diré. ¡Pero si no la conozco ni sé quién es!

ESCENA III

MARTÍNEZ, CARMENCITA y JORGE

Salen del brazo por el último término de la derecha.

JORGE. Por este lado. Ven por aquí.
CARM. ¡Qué grande es esto!
JORGE. ¡El jardín es magnífico!
MART. Muy buenas noches. Á los piés de usted. (Á Jorge.) Beso á usted su mano. (Á Carmencita.)
CARM. Á las nueve quedaron en hallarse aquí con nosotros.

JORGE. Ya las encontraremos, no te apures.

MART. ¿Buscan ustedes á alguien?

CARM. Sí señor. Á dos amigas que ya debían haber llegado.

MART. ¿Dos amigas? ¿Dos jóvenes muy guapas?

CARM. ¿Se ha fijado usted?

MART. En las guapas me fijo siempre. Ahora mismo me preguntaban por usted.

CARM. ¿Dónde están?

MART. Buscándoles á ustedes por allá dentro.

JORGE. Bueno. Nosotros querríamos un cuartito.

MART. ¿Para ustedes solos? Lo comprendo.

CARM. No señor. Para los cuatro.

MART. ¡Ah! Para los... (Entonces no lo comprendo.) Voy á prepararlo en seguida. El número siete. Siguen ustedes por ese lado. (Señalando al último término de la izquierda.) Atraviesan el jardín, tuercen á la izquierda, vuelven á la derecha y en el segundo corredor de los tres que verán ustedes, está el gabinete. No tiene pierde. (Mutis por el primer término de la izquierda.)

ESCENA IV

CARMENCITA y JORGE

JORGE. Las señas son mortales.

CARM. Ante todo busquemos á Julia y á Enriqueta.

JORGE. Pero señor, ¡qué prisa tienes! Ya nos encontrarán. ¿Te disgusta comer solita conmigo?

CARM. No tal.

JORGE. ¿Entonces?...

CARM. Pero ya te lo he dicho. Comeremos solitos el día de nuestra boda.

JORGE. ¡El de nuestra boda! (¡Pues si aguardas á comer ese día, ya estás fresca!)

CARM. ¿No estás decidido á casarte? ¿No me diste palabra?

JORGE. (¡Y dale con la palabra!) ¡Sí, mujer!

CARM. Pues hasta entonces hay que ser juicioso.

JORGE. Bueno. Seremos juiciosos. (Sospecho que voy á fastidiarme.)

CARM. Busquemos á nuestras compañeras.

JORGE. Como gustes.

CARM. Eres muy felíz, ¿verdad?

JORGE. (Bostezando.) ¡Aaah! ¡Mucho! (¡Cuando digo que me voy á fastidiar!) (Vanse por el último término de la izquierda.)

ESCENA V

CAMILO y GABRIELA entran por el último término de la derecha, agarrados del brazo y corriendo; luégo el CAMARERO.

GAB. ¡Gracias á Díos! Al fin hemos llegado.

CAMILO. ¡Valiente carrerita! ¡Sabes, prima, que andas como una locomotora!

GAB. Tenía gran impaciencia por hallarme aquí. Ya te he dicho que quiero sorprender á mi marido; humillarle, vengarme de su infamia.

CAMILO. Bueno, le humillaremos y nos vengaremos; pero calma, mucha calma. Es preciso no amontonar los acontecimientos. Cuando uno se amontona, lo pierde todo.

GAB. Tendré calma. Haré lo que quieras.

CAMILO. Eso. Como hagas lo que yo quiera, todo irá bien. Descansemos un poco. La noche es hermosa y este jardín convida á soñar. (Se sientan en el banco que habrá á la izquierda.)

GAB. ¿Cómo? ¿Vas á soñar ahora?

CAMILO. ¡No! Digo que... En fin... (La ocasión es magnífica. Si ahora no me declaro, no sé para cuándo lo dejo.) Oye. Gabriela.

GAB. Habla, primo mío.

CAMILO. El alma en estas noches de verano se extasía muchas veces contemplando la serena y tranquila naturaleza. La luna extiende sus luminosos rayos á través de los árboles, y produce en nuestro sér encanto singular.

El amor entonces nace, crece y se desarrolla. La luna le proteje, y á la luz de la luna, y extasiado con los rayos de la luna...

GAB. ¿Pero dónde vas á parar?

CAMILO. Á la luna. (No salgo de la luna.)

GAB. ¿Qué quieres decir con todo eso?

CAMILO. ¿No lo has adivinado? Esta noche serena, no te dice nada?

GAB. ¿Eh?

CAMILO. ¿No te dice nada esa luna?

GAB. Nada; y dale con la luna.

CAMILO. (¡Pero por qué seré tan cobarde!)

GAB. Déjate de necedades y busquemos á mi marido. (Levantándose.)

CAMILO. Eso sí que sería una necedad.

GAB. ¿Eh?

CAMILO. Ya te he dicho que tengas calma. Comamos ante todo. ¡Mozo! (En la mesa me atreveré.)

GAB. ¿Comer? No tengo apetito.

CAMILO. Ya vendrá. Eso viene luego.

GAB. Estoy segura de no probar bocado.

CAMILO. Sí lo probarás. Porque yo te instaré mucho, y estaré muy cariñoso; (Sale el Mozo con una ensaladera y se coloca al lado de Camilo sin que éste le vea.) y te diré: ¡Gabriela! Yo te ado..., (Al accionar, mete la mano en la ensaladera.) ¡Caracoles!

CAM. No señor. Ensalada.

CAMILO. ¡Pues me gusta!

CAM. ¿El señor, ha llamdo?

CAMILO. Sí. He llamado, pero no para esto.

CAM. ¿Qué desean ustedes?

CAMILO. Pues verá usted.

CAM. Vuelvo. Aguarde usted. (Vase por la derecha.)

CAMILO. Oiga usted. ¡Camarero!

GAB. (¿Dónde estará ese pillo?)

CAMILO. ¡Camarero!

CAM. (Saliendo sin la ensaladera.) Aquí estoy. Dispense usted.

¡Tenemos tanta gente! (¡Y el nuevo mozo sin parecer!) ¿Qué desea usted?

CAMILO. Pues verá usted. Nosotros quisiéramos...

VOZ. (Dentro.) ¡Mozo!

CAM. ¡Voy! (Vase por el último término de la izquierda.)

CAMILO. ¡Grosero! ¡Oiga usted! Me ha vuelto á dejar con la palabra en la boca.

GAB. Vamos por allá dentro.

CAMILO. ¡No! Aguarda. ¡Camarero!

CAM. (Saliendo.) Aquí estoy. ¿Qué desean ustedes?

CAMILO. (Cogiéndole por el delantal.) Lo que deseo, es que me oiga usted cuando le hablo.

CAM. Sí señor. Hable usted.

CAMILO. Porque eso de volver la espalda á lo mejor...

CAM. ¡Pero señor, si me llaman!

CAMILO. ¡También le llamo yo á usted!

VOCES. (Dentro.) ¡Camarero! ¡Mozo!

CAM. ¡Allá voy! (Echa á correr, dejando el delantal en las manos de Camilo.)

CAMILO. ¡Y dale, molino! Le voy á dar dos puntapiés.

GAB. ¡Por Dios, Camilo! ¡No te irrites!

CAMILO. ¿Y quién no se irrita con ese bárbaro?

GAB. Buscaremos otro mozo. Es igual.

CAMILO. ¡No señor! ¡Me he empeñado en que sea éste! ¡Camarero!

CAM. (Saliendo.) Aquí estoy.

CAMILO. Venga usted. (Le coge por la cintura.) Ahora no se me escapa. Queremos comer.

CAM. Sí señor. En seguida.

CAMILO. En un gabinete reservado.

GAB. No, no. En el jardín.

CAMILO. Hace mucho fresco. El rocío es muy malo.

GAB. No importa.

CAM. Allí acaba de desocuparse un cenador. Si quieren ustedes...

GAB. ¿Es aquel? (Señalando al segundo término de la izquierda.)

CAM. Sí señora.

GAB. Bueno. (Desde allí le veré pasar.)

CAMILO. Ostras, y tres clases de vinos. Vaya usted.

CAM. Pero suélteme usted.

CAMILO. Es verdad. De prisa.

CAM. Volando. (Vase por el primer término de la izquierda.)

CAMILO. Cuando quieras.

GAB. Te aseguro que no probaré nada.

CAMILO. ¡Todo es empezar! Con tres vinos no hay quien se resista. (Vanse por el segundo término de la izquierda.)

ESCENA VI

ISIDORO, EULALIA; luégo el CAMARERO

Sale dando el brazo á Eulalia por el último término de la derecha.

ISIDORO. Ya estamos en el famoso restaurant de ese tunante.

EUL. ¿Qué tunante?

ISIDORO. De Martínez, mujer; del que se bebe nuestro vino y no nos lo paga.

EUL. ¡Ah! ¡Calla! ¡Pues es verdad! Ahora es la ocasión de pedirle el piquillo.

ISIDORO. ¿Piquillo? Picazo más bien. Ya verás en cuanto le eche la vista encima. Siéntate.

EUL. ¿Pero y Gabriela? (Sentándose á la derecha.) ¿Habrá venido ya como nos indicó?

ISIDORO. La buscaremos, no te apures. Lo primero es comer. Tengo un hambre canina. El viaje me abrió el apetito.

EUL. Y á mí también. (Sale el Camarero con muchos platos.)

ISIDORO. Apropósito. Oiga usted.

CAM. Usted dirá.

ISIDORO. ¿El dueño de este establecimiento, se llama Martínez?

CAM. Sí señor.

ISIDORO. (No le diré mi nombre, porque sería capáz de marcharse.) Pues dígale usted que desea verle una persona... (¿De qué modo le obligaré á salir?) Una persona á quien aguarda con gran impaciencia. (Yo no sé si aguardará á alguien; pero esto es lo mejor.)

CAM. ¡Ah! ¿Es usted? ¡Gracias á Dios!

ISIDORO. ¡Eh!

CAM. (El camarero que estamos esperando.) Voy en seguida. Bien podía usted haber venido antes.

ISIDORO. (¿Digo, eh? ¡Si tengo una penetración!)

CAM. Aguarde usted. ¡Señor! ¡Señor!... (Vase por el primer término de la izquierda.)

ISIDORO. Mi plan surtió efecto. Ya verás. En cuanto le diga mi nombre, queda aterrado.

ESCENA VII

DICHOS y MARTÍNEZ con un plato y una botella.

MART. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Ah! ¿Es usted? (La facha es buena. Algo viejo; pero no importa.)

ISIDORO. ¿Tengo el gusto de hablar con don Timoteo Martínez?

MART. Sí señor. (Y es muy fino.)

ISIDORO. ¡Cuánto me alegro! Acabo de llegar á Madrid, y me apresuré á venir con objeto de...

MART. Bien hecho. Estamos apuradísimos con el servicio. Ande usted, de cualquier manera. Luégo se vestirá usted. Aqui tiene usted una botella de Macon, y riñones salteados para dos. Allí á la derecha. Volando. (Vase por el primer término de la izquierda.)

ISIDORO. (Con el plato y la botella.) ¡Muchas gracias! Riñones para los dos. ¡Cuidado si es listo ese hombre!

EUL. Adivinó sin duda que queríamos comer.

ISIDORO. (Colocando los objetos en una mesa que estará preparada á la derecha del actor.) Creo que nos ha dicho aquí á la derecha.

EUL. Bien podía haberlo puesto él mismo.

ISIDORO. Debe ser moda nueva el entregar el plato. Pero siéntate. ¡Qué olor tan delicioso!

EUL. Sírveme vino. Tengo una sed rabiosa.

ISIDORO. Pues bebe, hija mia, bebe. (Ambos lo hacen.) ¡Puaf! ¡Qué porquería de vino! ¿De dónde será esto?

EUL. (Mirando la etiqueta.) A ver. ¡Si es el de casa!
ISIDORO. ¿El nuestro? (Bebe.) ¡Ya decía yo! ¡Delicioso! Hay que tomarle el gusto.
EUL. (Leyendo la etiqueta.) «Macon viejo.»
ISIDORO. Eso es. Peleón de este año. ¡Un néctar!
EUL. ¿Qué comeríamos después de los riñones?
ISIDORO. ¿Te parece bien un pescadito?
EUL. Cabal. Me lo has quitado de la boca.
ISIDORO. No. Te lo voy á poner en ella.
EUL. ¡Mozo!
ISIDORO. Aguarda. Llamaré á Martínez. (Se levanta y se dirige á la izquierda.)
EUL. No te molestes.
ISIDORO. Aquí viene ya.

ESCENA VIII

DICHOS y MARTÍNEZ con un plato.

MART. Merluza á lo Calomarde. (Se lo da.)
ISIDORO. ¡Pero qué penetración tiene usted!
MART. Para el cuatro. De prisa.
ISIDORO. ¿Para cuatro? ¡No señor! ¡Es mucho!... ¡En fin! (Vuelve á sentarse.) ¡Cómo usted quiera!
MART. Mira por la casa. (Vase por el último término de la izquierda.)
EUL. ¿Trajo el pescado?
ISIDORO. Y sin pedirlo. Nos adivinó el gusto.
EUL. ¡Pobre hombre!
ISIDORO. ¡Merluza para cuatro!
EUL. ¿Para cuatro?
ISIDORO. Estará muy rica, y por si queremos repetir... (Sirviéndose.)
EUL. ¡Riquísima!
ISIDORO. ¡Apetitosísima! Creo que debían haber puesto para seis. ¡Cuidado qué sirven bien en este restaurant!
EUL. ¡Como que sirven sin pedir!

ISIDORO. ¿Y de postre, qué apeteces?
EUL. Á mí que me sirvan fruta.
ISIDORO. Y á mí también. ¡Deliro por la fruta! Tú, camuesa, y yo melón, ¿verdad?
EUL. Eso es.

ESCENA IX

DICHOS y MARTÍNEZ con un plato.

MART. ¿Pero no han servido todavía los riñones?... ¡Qué veo! ¡El camarero comiendo allí con una señora! (Se acerca á la mesa.) ¿Qué hace usted?
ISIDORO. (Levantándose y cogiendo el plato.) ¡Es maravilloso! Mira, Eulalia. Lo que deseábamos. Muchas gracias. Ahora café y dos copitas de...
MART. ¡Tunante!
ISIDORO. De tunante, no. De anisado.
MART. ¿Pero se está usted divirtiendo conmigo?
ISIDORO. ¿Yo?
MART. ¡Ya se está usted levantando de ahí, granuja!
ISIDORO. ¡Oiga usted! (Se levantan.)
MART. ¡Y se ha comido los riñones y la merluza!
ISIDORO. Naturalmente.
MART. ¡Á la calle ahora mismo!
ISIDORO. ¿Sin tomar café?
MART. ¡Ah! ¿Quiere usted tomar café?
ISIDORO. ¿Y por qué no?
MART. ¡Insolente!
ISIDORO. ¡Oiga usted, oiga usted!
EUL. ¡Cuidado, Isidoro, que tienes hijos!
ISIDORO. Creo que me está usted insultando.
EUL. ¡Que vas á tener nietos, Isidoro.
MART. ¡Y tanto como le insulto!
ISIDORO. Pues más valía que me pagase usted lo que me debe.
MART. ¿Yo? ¿Deberle yo á usted? ¡Donde va usted á ir es á la prevención!

ISIDORO. ¿Á la prevención yo? Isidoro Puente y Compañia.

MART. ¿Cómo? ¿Puente y Compañía?

ISIDORO. Cosechero.

MART. ¿Qué oigo? ¿Es usted Puente y Compañía? (Señalando á Eulalia.)

ISIDORO. Sí señor.

MART. ¡Buena la hicimos! ¡Si yo le tomé á usted por el camarero!

ISIDORO. ¡Cascarillas! ¿Tengo yo facha de camarero?

MART. No señor. ¡Qué ha de tener usted! Ya decía yo. Se parece un caballero.

ISIDORO. ¡Y lo soy!

MART. Dispense usted. El bruto del criado tiene la culpa. Me dijo, ahí está el camarero, y yo... ¡Por poco le planto á usted el mandil!

ISIDORO. ¡Ah! Me iba usted á plantar...

MART. Una equivocación. ¡Está uno tan atareado! ¿Conque es usted? ¿Y cómo está usted?

ISIDORO. Muy bien, ¿y usted?

MART. ¿Qué tal los riñones?

ISIDORO. No me duelen.

MART. Hablo de los mios.

ISIDORO. ¡Ah! ¿Los de usted? Usted lo sabrá.

MART. De los que se han comido.

ISIDORO. ¡Vamos! Sí. Riquísimos.

EUL. Y la merluza, exquisita.

MART. Voy á servirles yo mismo el café. Pero pasen ustedes á mi gabinete. Allí estarán mejor. Supongo que no me guardará usted rencor...

EUL. ¡Perdónale, hombre! No puede estar más arrepentido.

ISIDORO. Bueno, bueno. No se hable más.

MART. Vengan ustedes.

ISIDORO. Le advierto á usted que debemos buscar á mi hija.

EUL. Nos dijo que comería aquí.

MART. La buscaremos. No hay prisa. Por este lado. Pasen ustedes.

ISIDORO. (Veremos si me paga.) (*Vanse por el primer término de la izquierda.*)

ESCENA X

CARMENCITA, JULIA, ENRIQUETA y JORGE *salen por el último término de la izquierda.*

JULIA. Jugaremos á las cuatro esquinas.
ENRIQ. Aquí en el jardín.
CARM. Anda, Jorge.
JORGE. No. Yo no juego. Estoy muy cansado.
CARM. Pues en algo hemos de entretenernos mientras disponen la comida.
JORGE. Entreténganse ustedes en lo que quieran. (¡Si llego á saber esto! ¡Cualquier día vengo aquí!)
CARM. ¿Qué tienes?
JORGE. ¡Nada! (¡Y mi mujer que se quedó llorando!)
CARM. Pareces fastidiado. aburrido.
JORGE. Lo parezco, ¿eh? (Como que lo estoy.)
CARM. ¿No estás contento á mi lado?
JORGE. ¡Mucho!
JULIA. ¡Podía no estarlo!
ENRIQ. ¡Al lado de su futura!
JORGE. De mi... (Ya está fresca.)
JULIA ¿Cuándo va á ser la boda?
JORGE. (¡Y dale con la boda!)
ENRIQ. Supongo que me convidará usted.
JULIA. Y á mí también.
CARM. ¡Pues no faltaba más! Y á todas mis amigas.
JORGE. ¡Claro! Y á todo el universo.
ENRIQ. ¿Queréis que vayamos al otro extremo del jardín? Allí hay un organillo.
JULIA. ¡Y podemos bailar!
CARM. Eso, eso. (*Echan á correr por el último término de la derecha.*)
JORGE. (Las dejo bailando, pago la cuenta y me marcho con mi mujer.)

LAS TRES. (Llamando.) ¡Jorge! ¡Jorge!
JORGE. ¡Allá voy! (Vanse por el último término de la derecha.)

ESCENA XI

GABRIELA y CAMILO con la servilleta puesta.

GAB. (Saliendo apresuradamente.) ¿Has oído?
CAMILO. ¿Pero dónde vas? ¿Por qué abandonas la mesa?
GAB. Juraría que alguien llamaba á Jorge.
CAMILO. ¡Qué han de llamar! Sigamos comiendo.
GAB. ¡No, no! ¡Estoy segura! ¡Por aquel lado!
CAMILO. ¡Qué tontería! Anda. Volvamos al kiosco.
GAB. ¡Repito que no! Estoy nerviosa. Necesito hablarle. Voy á entrar en todos esos gabinetes.
CAMILO. ¡No! ¡No abras los gabinetes!
GAB. ¿Por qué?
CAMILO. Porque sería una indiscreción.
GAB. ¡Cuando pienso que en alguno de ellos estará mi marido! Como le encuentre, le saco los ojos, y después ya verá...
CAMILO. Si le sacas los ojos, no verá nada... No pienses en tu marido.
GAB. ¿Que no piense? ¡Si le amo con toda mi alma! ¡Si á pesar de su infamia no puedo olvidarle!
CAMILO. (¡Qué halagador es esto para mí!)
GAB. Se me figura imposible que me engañe de esta manera. ¡Porque yo no sería nunca capáz de engañarle!
CAMILO. ¿Nunca?
GAB. ¡Oh, jamás! ¡Ya podría cualquiera galantearme, hacerme el amor!...
CAMILO. (¡Caracoles!)
GAB. Todo sería en vano. Y si algún atrevido osara semejante cosa, por primera providencia se lo diría á mi esposo.
CAMILO. (Digo, ¿eh? Si me descuido.)
GAB. Y en seguida...

CAMILO. ¡Sí! (En seguida me rompía la crisma.)

GAB. Sólo conque algo sospechase, cumpliría ese deber.

CAMILO. (¡Dios mío, si habrá sospechado algo!)

GAB. Díme si una mujer que piensa de este modo merece que la engañen.

CAMILO. ¿Qué ha de merecer? ¡Si eres un ángel! No sabía yo que fueses tan... ángel como eres.

GAB. ¿Cómo? ¿Me creías de otra manera?

CAMILO. ¡Pues claro está! Digo, no. Y la prueba es que nunca habrás sospechado nada de mí. ¿Verdad que no sospechaste?

GAB. ¿De tí? ¡Qué locura!

CAMILO. ¡Qué locura! Eso es.

GAB. Tú eres mi primo.

CAMILO. ¿Nada más que tu primo?

GAB Y eres muy bueno.

CAMILO. Lo mismo que el pan.

GAB. Y además, tienes una fisonomía que inspira confianza

CAMILO. ¡Pero señor, ¿qué tendré yo en la fisonomía?

GAB. Si todos los hombres pensaran con respecto á mí como tú...

CAMILO. ¡Cabal! (No se armaria mala gresca.)

GAB. Vamos. Acompáñame.

CAMILO. ¿Dónde?

GAB. Por ahí dentro.

CAMILO. Ya se vé que sí. Lo que hace tu marido es incalificable. ¡Abandonar á esta pobrecita inocente! Pero no temas. Tu primo velará por tí, y no permitirá que... (Enjugándose los ojos con la servilleta.) ¡Pobrecita! (La abraza.) ¿Me permites que te abrace?

GAB. (Llorando.) Ya lo has hecho.

CAMILO. (Id.) ¡Es verdad! Por permitido. ¡Pobrecita prima! (La abraza.)

GAB. Vamos en busca de Jorge.

CAMILO. Vamos. ¡Pobrecita! (Abrazándola.) (Algo se pesca.) (Vanse por el último término de la derecha.)

ESCENA XII

ISIDORO, borracho, por el primer término de la izquierda.

¡Pero qué simpático y qué buena persona es ese Martínez!... ¡Cuidado que hace calor! Hemos ajustado la cuenta y resulta que me debe doscientas pesetas. Por supuesto, no me las ha pagado. Quedamos en que le mandaría otra partidita de vinos. Me ha obligado á probar todos los que tiene. Los míos son los mejores, ¿cómo serán los demás? Eulalia se quedó dormida en el sofá, y yo... yo he salido á tomar el aire, porque cualquiera diría que estoy así... algo calamocano... Me duelen todos los huesos de mi cuerpo. Debíamos haber viajado en el ex... ex... ¿Cómo se llama?

ESCENA XIII

DICHOS, JULIA, ENRIQUETA y CARMENCITA por el último término de la derecha; luégo el CAMARERO.

CARM. ¿Pero dónde se ha marchado?

JULIA. Debe andar por aquí.

ENRIQ. ¡Dejarnos solas! ¡Vaya una gracia!

ISIDORO. ¡Qué chicas tan sandungueras!... ¡Chist! Vengan ustedes.

CARM. ¿Eh?

JULIA. ¿Nos llama?

ISIDORO. ¡Que viva la gracia y el jaleíto!

LAS TRES. ¡Já, já, já!...

ISIDORO. (Mi mujer se ha quedado durmiendo, y me deja sólo la única vez en cuarenta años.)

CARM. (Parece que está un poco alegre.)

ISIDORO. La ocasión es oportuna para echar una canilla al aire. ¡Abajo la esclavitud, y... que nos sirvan la comida! Vamos á comer los cuatro juntitos. Pero muy juntitos. ¡Camarero!

JULIA. ¿Comer con usted?
ISIDORO. Juntitos.
JULIA. Nos expondríamos á una indigestión.
ISIDORO. Esli... Esli... ¡No me acuerdo! ¡Mozo!
ENRIQ. ¡Y llama al mozo!
JULIA. Déjale. Nos divertiremos un rato con este viejo.
CAM. (Saliendo por el primer término de la derecha.) ¿Quién llama?
ISIDORO. ¿Qué queréis comer?
ENRIQ. Vamos á pedir lo más caro. (Á las otras.)
JULIA. Y en seguida nos escurrimos.
ISIDORO. (Á Carmencita.) Pida usted, cara de claveles.
CARM. Ocho docenas de ostras. (El Camarero apunta lo que van diciendo.)
ISIDORO. ¿Ocho?
JULIA. Cuatro raciones de langosta.
ENRIQ. Y cuatro de pato con trufas.
CARM. Y tres pollos con tomate.
ISIDORO. ¡Qué hambre tenían!
JULIA. Burdeos y Champagne. ¿Quiere usted más?
ISIDORO. No. Yo quería menos. Sírvalo usted en aquel kiosko. (Señalando al segundo término de la derecha.)
CAM. En seguida. (Vase.)
ISIDORO. ¿Ustedes serán parroquianas?
JULIA. No señor, somos modistas.
ENRIQ. ¿Y usted, es de aquí?
ISIDORO. No. De más allá.
LAS TRES. ¡Já, já, já!
ISIDORO. ¡Al kiosko! ¡Vámonos al kiosko!
JULIA. ¡Cuidado!
ENRIQ. ¡Que va usted á caer!
ISIDORO. ¡Ya me agarro! (Cogiéndose á ellas.)
JULIA. (Á las otras.) Vamos á llevarle, y en seguida nos eclipsamos.
CARM. Ande usted. Despacito.
ISIDORO. Y buena letra. ¡Monísima!
CARM. ¡Poco á poco!
ISIDORO. ¡Retrechera! (Á otra.)

JULIA. ¡Pillín!

ISIDORO. ¡Me llama pillín!... La verdad es que me gustan mucho más que mi mujer. ¡Al kiosko!

LAS TRES. Andando. (Se adelanta agarrado á ellas.)

ISIDORO. ¡Ah! Ya me acuerdo. Slipín-Gar. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XIV

CAMILO por el foro de la izquerda.

Esa mujer está desesperada. La dejé registrando todos los cuartos y decidida á promover un escándalo. Para evitarle y prevenir á Jorge, también le busco por todas partes, pero en vano. Nada, no doy con él. Ya que Gabriela me desahució antes de declararme, ningún interés tengo en que riña con su marido. Éste me agradecerá mucho mi acción y podré contar con él para mis apuros. ¿Pero dónde demonio se hallará?

ESCENA XV

DICHO, JULIA, ENRIQUETA y CARMENCITA, saliendo del segundo término de la derecha.

ENRIQ. ¡Ahora que no nos ve!

JULIA. ¡Corramos!

CAMILO. (Viendo á Carmen.) (¡Carmencita!) Un momento. (Julia y Enriqueta se marcharon corriendo por el foro de la izquierda. Camilo detuvo á Carmen, que iba la última.)

ESCENA XVI

CAMILO y CARMENCITA

CARM. ¿Eh? ¡Caballero!

CAMILO. (Lo mejor es decírselo todo á ésta.) Dispense usted, señora, si la detengo á usted tan bruscamente. Pero yo soy su primo y deseo evitar una catástrofe.

CARM. ¿Que usted es mi primo?

CAMILO. No señora. Primo del otro.

CARM. ¿De quién?

CAMILO. De Jorge.

CARM. ¡Ah! ¿De Jorge?

CAMILO. Justo. Y tengo gran interés por... Oiga usted. ¿Dónde está?

CARM. Hace un momento le hemos perdido de vista; pero tal vez se halle en el gabinete, donde nos preparan la comida.

CAMILO. ¡Gran Dios!

CARM. ¿Qué?

CAMILO. ¡Y ella que los está registrando todos!

CARM. ¿Ella?

CAMILO. Si le encuentran van á tener un gran disgusto. Yo le suplico á usted que se marche; lo sé todo. Esta tarde la ví á usted en la fonda hablando con él, y...

CARM. ¿Qué me marche? ¿Un disgusto?

CAMILO. Naturalmente. ¡Como que ella está aquí!

CARM. ¿Ella?

CAMILO. Yo no sé quién demonio se lo habrá dicho; pero sabe que vino á comer con usted.

CARM. ¿Quién?

CAMILO. Y ahora mismo les busca á ustedes.

CARM. ¿Pero quien nos busca, hombre de Dios?

CAMILO. Su mujer, Gabriela.

CARM. ¿Su mujer?

CAMILO. Sí señora. Mi prima.

CARM. ¿Jorge es casado?

CAMILO. Con todos los requisitos legales.

CARM. ¿Casado? ¡Tunante! ¡Pillo! ¡Infame!

CAMILO. ¡Anda, morena!

CARM. ¡Y yo que no sabía nada!

CAMILO. ¿No lo sabía usted? ¡Pues me he lucido!

CARM. ¿Conque me engañaba? ¿Conque pretendía burlarse? Ahora mismo me voy á pedirle una explicación.

CAMILO. ¡No! No, vaya usted.

CARM. ¿Que no vaya? Y me había empeñado palabra de casamiento.

CAMILO. Pues ni con papeleta la puede ya sacar.

CARM. ¡Le he de decir cuántas son cinco! (Echa á correr por el último término de la izquierda.)

CAMILO. ¡Señora! Oíga usted. ¡Yo no la dejo, qué demonio! (Vase detrás.)

ESCENA XVII

GABRIELA; luégo ISIDORO

GAB. (Por el foro de la derecha.) No le encuentro por ninguna parte. ¡Qué desgraciada soy! (Se sienta á la izquierda y esconde la cara entre las manos.)

ISIDORO. (Por el primer término de la derecha.) ¿Dónde se habrán metido esas palomitas? Desaparecieron de repente y... (Ve á Gabriela.) ¡Ah! Por allí veo á una. (Se acerca.) ¡Lucero mío! (Se arrodilla.) ¡Se están enfriando las ostras!

GAB. (Levantando la cabeza.) ¡Papá!

ISIDORO. ¡Mi hija! (Queda sentado en el suelo.)

GAB. ¿Qué haces ahí?

ISIDORO. Estoy dando un paseo.

GAB. ¿Sentado en el suelo?

ISIDORO. Cabal. Llegué y me senté...

GAB. ¡Soy muy desgraciada!

ISIDORO. ¿Cómo es eso? (Quiere levantarse, pero no puede.)

GAB. He descubierto que mi marido es un tunante.

ISIDORO. ¿Al fin lo has descubierto? ¡Calma, Gabriela! ¡No te sofoques!...

GAB. ¿En dónde está mamá?

ISIDORO. Durmiendo la pítima... Digo, allá dentro. Voy á buscarla.

GAB. Sí, sí. Que venga, y nos iremos á la fonda. No quiero permanecer más en este sitio.

ISIDORO. (De rodillas.) Bien, hija mía. Pero ten juicio. Reflexiona muchas cosas.

JORGE. (Por el foro de la derecha.) (¡Maldita cuenta! Han tardado en dármela media hora.)

GAB. Bueno. Haré cuanto tú quieras.

JORGE. (¡Mi mujer!) (Queda parado en el foro.)

GAB. Vé por mamá; no te detengas.

JORGE. (¡Y un hombre á sus plantas! ¡Qué horror!)

ISIDORO. (Levantándose.) Voy en seguida.

JORGE. (Se acerca y coge por un brazo á Isidoro.) ¡Miserable!

GAB. ¡Jorge!

ISIDORO. (Volviéndose.) ¿Eh?

JORGE. ¡Mi suegro!

GAB. ¿Eres tú? ¡Gracias á Dios!

JORGE. (¡Bonita situación!)

ISIDORO. Me has deshecho la clavícula.

GAB. ¿Qué haces aquí, marido desleal, hombre perverso?

JORGE. ¿Yo?... ¡Bueno!... ¡Corriente! Pero, ¿y tú? ¿Cómo estás en este sitio?

GAB. ¿Conque ibas á comer con un amigo?

ISIDORO. ¿Conque iba usted á comer con un amigo?

JORGE. (¡Demonio! ¿Si me habrán visto con la otra?)

GAB. ¡Contesta! ¡Contesta!

ISIDORO. ¡Eso! Conteste usted.

JORGE. (Serenidad.) ¡Naturalmente! ¡Y tanto como lo hice!

ISIDORO. A ver el palillo.

JORGE. Acabamos de comer hace un rato y ahora mismo me disponía á volver á la fonda, cuando te he sorprendido aquí.

GAB. Nunca me figuré que mintieses con tal descaro.

ISIDORO. ¡Calle usted, embustero!

GAB. ¡Cuando te digo que lo sé todo!

ISIDORO. ¡Que lo sabemos todo!

JORGE. ¿Pero qué saben ustedes?

ISIDORO. Dí lo que sabemos, porque yo no sé una palabra. (Á Gabriela.)

GAB. ¿Negarás que estabas citado en este restaurant con una mujer?

JORGE. ¿Yo? (¡Canario!)

ISIDORO. Eso. ¡Ah! ¿Conque estaba usted citado con...?
JORGE. ¡Falso!
GAB. Ella misma me lo ha dicho.
JORGE. ¿Ella? ¡Imposible!
ISIDORO. ¡Ah! ¿Conque te lo había dicho ella misma?
GAB. Sí señor. Vive en la fonda, y esta tarde lo confesó sin saber con quién hablaba.
JORGE. (¿Será cierto?) Repito que es falso.
GAB. ¡Falso y hasta sé su nombre! Se llama la condesa del Risco.
JORGE. La condesa del...
ISIDORO. Ahí la tiene usted. La del Cisco.
JORGE. (¿Quién será esa señora?) No tengo el honor de conocerla.
GAB. ¿Entonces por qué me dijo tu nombre y añadió que acababa de hablarte allí mismo en la fonda?
JORGE. Lo ignoro. Pero esta misma noche lo aclararemos.
GAB. ¿De veras?
JORGE. ¡Pues no que no! ¿Te figuras que he de consentir en burla semejante?
GAB. Ya lo oye usted, papá. Quiere aclararlo todo.
ISIDORO. Y hará bien. Ese título exige limpieza.
GAB. ¡Perdóname, esposo mío! ¡Si supieras cuánto he sufrido!
JORGE. Bueno, pues vámonos inmediatamente.
GAB. Sí, sí. Eso es lo mejor.

ESCENA XVIII

DICHOS y EULALIA por el primer término de la izquierda.

EUL. ¿Pero dónde te metes, Isidoro?
ISIDORO. ¿Has despertado ya?
EUL. ¡Gabriela! ¿Y Jorge también?
JORGE. Parece que nos habíamos dado cita.
GAB. Soy dichosa, mamá. Mi marido es muy bueno y me adora.
EUL. Más vale así.

JORGE. ¿Quién lo duda? ¡Suponerme capáz de engañarte, de faltar á mis deberes de!... ¡No lo quiero pensar, porque te exigiría cuenta de tu conducta!

GAB. ¡Perdón, Jorge! ¡Pero qué quieres! Como para tí no reuno los atractivos de esas mujeres que tienen lo que no tengo yo...

ISIDORO. ¿Lo que no tienes tú? Tú lo tienes todo, hija mía.

GAB. Para Jorge soy cursi, prosáica; en una palabra, carezco de *chic*.

JORGE. ¡Canastos! ¿Quién te ha dicho eso?

GAB. En cambio, nadie le quiere más que yo.

JORGE. (Camilo fué sin duda. Le voy á perniquebrar.)

GAB. ¿Verdad que aunque no tengo eso te quiero mucho?

JORGE. Sí, vida mia. ¡Me quieres mucho! (Y yo he sido un animal para no apreciarlo.)

ISIDORO. ¿Por manera, que todo terminó satisfactoriamente?

JORGE. ¡Todo! Pero vámonos en seguida.

ESCENA XIX

DICHOS, CARMENCITA y CAMILO

CARM. ¡Allí le veo! (Por el último término de la izquierda.)

CAMILO. (¡Toda la familia! ¡Cataplúm!) ¡Señora, por Cristo bendito!...

CARM. Déjeme usted en paz. (Se acerca. Camilo queda al foro.) ¡Muy buenas noches!

JORGE. (¡Carmencita!)

GAB. ¡Ella es!

TODOS. ¿Quién?

GAB. La Condesa.

ISIDORO. ¿Esta es la del Cisco?

GAB. Me alegro en el alma hallar á usted.

CARM. ¡Cómo! Gabriela, ¿conocías también á Jorge?

GAB. Dispense usted que esta tarde pasase por amiga de unas señoras á quienes no conozco. Yo me llamo Gabriela; pero soy la esposa de este caballero. (Señalando á Jorge.)

CARM. ¿Su esposa?

JORGE. (Aparte á Carmencita.) ¡Silencio, por Dios!

CARM. ¡Ah! Es usted la esposa de...

GAB. Y ahora mismo vamos á poner en claro el incidente de esta tarde.

JORGE. (¡Ábrete, tierra!)

GAB. Yo creía culpable á mi marido, y crea usted, señora, que mi sospecha me hacía muy desgraciada; pero él afirma que ni la conoce á usted siquiera; que el Jorge de quien usted me habló no era mi Jorge. Yo le ruego á usted que nos lo explique todo con entera franqueza.

CARM. (¡Pobre mujer! ¡Qué culpa tiene ella!...)

GAB. (Por Jorge.) Véalo usted. ¿Era éste el de la fonda?

JORGE. ¿Era... yo... señora?

CARM. (Después de una pausa.) No conozco á este caballero.

JORGE. (Bendita sea tu alma.)

GAB. ¡Respiro!

JORGE. Ya lo ves.

GAB. Y sin embargo, me dijo usted su nombre, sus señas...

CARM. ¿Sus señas? ¡Qué locura! Si las del hombre á quien yo me refería, no se parece en nada... (Mirando á Isidoro.) Y para que ninguna duda quede á usted en asunto de tal importancia, sepa usted, señora, que la persona respetable que me ofreció su mano y á quien yo vi en la fonda, es este caballero. (Por Isidoro.)

ISIDORO. ¿Yo?

CARM. Diga usted que sí. (Á Isidoro.)

ISIDORO. ¡Yo que he de decir!

EUL. ¿Qué oigo? ¿Isidoro? ¡Ah, pillo!

ISIDORO. ¡Qué barbaridad!

EUL. ¿Conque eras tú el conspícuo?

ISIDORO. ¡Qué conspícuo, ni qué niño muerto!

CARM. Pero... ¿se conocían ustedes?

EUL. ¡Como que es mi marido!

GAB. ¡Y mi padre!

CARM. (Pues buena la hemos hecho.)

ISIDORO. ¡Esto es una burla!

GAB. ¡Cielos!

JORGE. (¡Maldita ocurrencia.)

ISIDORO. ¡Basta de enredos! Diga usted la verdad. ¿Quién es ese hombre?

CAMILO. (Cayendo de rodillas en medio de todos.) ¡Ese hombre soy yo!

TODOS. ¡Camilo!

CAMILO. ¡Sí! Camilo, que tomó el nombre de Jorge para que sus tíos no se enterasen nunca de nada. Camilo, que confiesa su pecado, y que dice á esta joven: creía usted que Jorge era yo. Pero era otro; otro Jorge casado, y por consiguiente imposible para usted. Yo soy Camilo y soltero, y la amo á usted.

CARM. (¿Será cierto?)

CAMILO. Y puesto que todo se descubrió, pelillos á la mar.

GAB. ¿Conque era mi primo?

CARM. En efecto.

ISIDORO. ¡Gracias á Dios!

JORGE. ¡Y tuviste valor para tomar mi nombre, abusando de...! (Dándole la mano aparte.) Gracias, chico. Pide lo que quieras.

GAB. No sólo tu nombre. El muy pícaro me decía que tu conducta era incalificable, y que debíamos vengarnos de tí.

JORGE. Que debíais... ¡Bribón! Te voy á arrancar las orejas.

CAMILO. ¡Si era broma! Bromita nada más.

ISIDORO. En fin, señora. Camilo es todavía muy joven para pensar...

EUL. Si sus intenciones son rectas, ya veremos mas adelante.

CAMILO. ¡Eso! Más adelante.

ISIDORO. Cuando termine la carrera.

CAMILO. Cabal. Juro casarme en cuanto la termine.

CARM. Pues con permiso de ustedes... Voy á reunirme con unas amigas.

ISIDORO. A los piés de usted.

EUL. Hemos tenido mucho gusto...

CARM. Gracias. Yo también he tenido un gran placer en conocerles á ustedes. (Á Jorge aparte.) De este modo se venga una señora. (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

TODOS menos CARMENCITA

JORGE. (¡Ay, qué peso se me ha quitado!)

CAM. (Por el primer término de la izquierda.) La cuenta, caballero. (Á Isidoro.)

ISIDORO. ¿Qué cuenta?

CAM. La de aquel kiosko. Cuatro cubiertos.

ISIDORO. ¡Silencio! (Poniéndole la mano en la boca.) Venga usted. ¡Pero si no hemos comido nada!

CAM. No importa. Aquí se paga lo que se pide.

ISIDORO. «¡Cien pesetas!»—Me parece muy caro esto.

CAM. Sólo el pato lo vale.

ISIDORO. ¡Bueno! Tome usted. (Hay que pagar el pato.) (Vase el Camarero por el primer término da la izquierda.)

EUL. Todo esto ocurre por haber abandonado la paz de nuestra casa y nuestra tranquila existencia.

ISIDORO. Dices bien. ¡En cuanto seamos abuelos, al pueblo!

JORGE y CAMILO. ¡Abuelos! ¡Já, já, já!

ISIDORO. ¡Cómo! ¿Por qué te ríes?

JORGE. ¡Querido papá! ¡Si los antojos fueron de éste! (Señalando á Camilo.)

ISIDORO. ¿Que fueron de éste?

CAMILO. Sí señor. Para que viniésemos á Madrid. Fué una bromita.

ISIDORO. ¡Pero qué bromista eres! ¡Pues entonces, á casita todo el mundo! ¡Al pueblo en seguida!

GAB. Sí, sí. Allí hemos sido siempre dichosos.

JORGE. Y seguiremos siéndolo, Gabriela mía.

CAMILO. ¡Eso es!

Isidoro. Tú, á estudiar. Á propósito: ¿cómo saliste del examen? No nos has dicho nada.

Camilo. Muy bien, tío; sólo que otra vez tengo que cursar el primero de Notariado.

Isidoro. ¿Otra vez? ¡Pues hijo, cuando llegues á ser notario te servirá para hacer tu testamento!

(Al público.)

Ya que por mi desgracia
no quiere el cielo
otorgarme la dicha
de ser abuelo,
si esto te agrada,
concédeme tú al menos
una palmada.

FIN DE LA OBRA

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡NO ME SIGA USTED! Comedia original en un acto.
EL VIEJO TELÉMACO. Zarzuela original en dos actos.
SENSITIVA. Zarzuela original en dos actos.
EL VIOLINISTA. Zarzuela en un acto.
¡ADIOS MI DINERO!. Zarzuela en un acto.
LA VIDA EN UN TRIS. Zarzuela en un acto.
LAS MULTAS DE TIMOTEO. Comedia en un acto.
DESCARGA DE ARTILLERIA. Comedia original en un acto.
POR HUIR DEL VECINO. Juguete cómico original en un acto.
PIRLIMPIMPIN 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
LOLA. Zarzuela en dos actos.
SE DAN CASOS. Zarzuela original en un acto.
UN NUEVO QUINTILIANO. Comedia original en un acto.
LA COPA DE PLATA. Zarzuela en dos actos.
LO SÉ TODO. Juguete cómico en dos actos.
FAUSTO. Parodia en dos actos (de la óp.)
LA CASA DE LOCOS. Zarzuela original en un acto.
DAR EN EL BLANCO. Comedia original en tres actos.
ME ES IGUAL. Juguete cómico original en un acto.
EL FORASTERO. Juguete cómico original en tres actos.
EL FOGON Y EL MINISTERIO. Juguete cómico en un acto.
VALIENTE AMIGO! Juguete en dos actos.
LA LEY DEL MUNDO. Comedia en tres actos.
LAS CEREZAS. Juguete cómico original en tres actos.
COMPUESTO Y SIN NOVIA. Zarzuela cómica en tres actos.
ARDA TROYA. Juguete cómico original en tres actos.
LA DULCE ALIANZA. Juguete cómico en tres actos.
LA GACETILLA DEL AÑO. Revista original en un acto.
LOS DOMINÓS BLANCOS. Comedia en tres actos.
EL AÑO SIN JUICIO. Revista original.
CAMBIAR DE COLORES. Comedia en un acto.
EL DOCTOR OX. Zarzuela en tres actos y seis cuadros.
LOS MADRILES. Zarzuela original en dos actos.
AMAPOLA. Zarzuela cómica en tres actos.
EL CHIQUITIN DE LA CASA. Comedia en tres actos.
EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO. Zarzuela original en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
EL DIABLO COJUELO. Revista original en tres actos.
ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ. Revista original en un acto.
EL DINERO EN LA MANO. Comedia en dos actos.
EL CABALLO BLANCO. Juguete cómico en dos actos.
HISTORIAS Y CUENTOS. Zarzuela original en dos actos.
LAS DOS PRINCESAS. Zarzuela en tres actos.
DIMES Y DIRETES. Juguete cómico en un acto.
EL PAÑUELO DE YERBAS Zarzuela cómica en dos actos.
ÓDIEME USTED, CABALLERO! Juguete cómico en dos actos.
DOS HUÉRFANAS. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.

¡¡YA SOMOS TRES!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡Á SANGRE Y FUEGO! Juguete cómico-lírico en un acto.
EL CORREGIDOR DE ALMAGRO. Zarzuela cómica en tres actos.
¡AQUÍ, LEON! Juguete cómico-lírico en un acto.
EL ESPEJO. Comedia original en tres actos
ARMAS AL HOMBRO. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡EH! ¡Á LA PLAZA! Revista original en un acto.
LIBRE Y SIN COSTAS. Juguete cómico en un acto.
LAS TRES JAQUECAS. Comedia en tres actos.
VIAJE Á SUIZA. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
EL PAIS DE LAS GANGAS. Revista original en un acto.
LAS MIL Y UNA NOCHES. Cuento fantástico orignal en tres actos.
CURARSE EN SALUD. Proverbio en dos actos.
LA MISA DEL GALLO. Apropósito cómico-lírico original en un acto.
ELLOS Y NOSOTROS. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
MADRID—ZARAGOZA—ALICANTE. Juguete cómico en nu acte.
LA TABERNA. Melodrama en tres actos.
LA COLA DEL GATO. Comedia de mágia en tres actos.
PARA CASA DE LOS PADRES. Juguete cómico-lírico en un acto.
VESTIRSE DE LARGO. Juguete original en un acto.
LA DUCHA. Juguete cómico original en tres actos.
LA FERIA DE SAN LORENZO. Zarzuela cómica en tres actos.
AGUA y CUERNOS. Apropósito en un acto original.
EL MILAGRO DE LA VIRGEN. Zarzuela original en tres actos.
LOS FUSILEROS. Zarzuela en tres actos.
LA DIVA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
YO Y MI MAMÁ. Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS. Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
ODETTE. Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA. Refundida en dos actos.
EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos
CRECED Y MULTIPLICÁOS. Juguete cómico en tres actos y en prosa.



PUNTOS DE VENTA

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO.

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.